

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 82
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid: 1,50 pts. trimestre; Año 5
Provincias: 1,50 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 21 de Abril de 1910

Núm. 15



LO QUE QUIEREN LOS CLERICALES QUE SEA LA ENSEÑANZA

ADVERTENCIA

Se ha puesto en Correos el tercer folleto de la primera serie, titulado "El Diablo", por Roberto Robert.

Y servido los ejemplares de "La vuelta de Cristo" de la nueva edición.

En breve se distribuirá el cuarto folleto, "Cristo en el Vaticano", por Víctor Hugo.

Y la segunda "Hojita piadosa".

Esto marcha.

Las elecciones

Se verificarán el día 8 del mes próximo, y tomaremos parte en ellas los republicanos en peores condiciones que nunca.

No se atendió á tiempo mi indicación de que formáramos un conglomerado de hombres importantes que marcaran rumbos, impulsaran y dirigieran el republicanismo, en vez de formar fracciones nuevas y resucitar las ya enterradas, y así nos vemos ahora. Unas fracciones de esas invocando su abolengo; otras sus remotos servicios; otras su fuerza presente; éstas su radicalismo; aquéllas su gubernamentalismo; y cada una queriendo imponerse á las demás.

Y ya no se sabe (por lo menos yo lo ignoro), quiénes son los verdaderos radicales, quiénes los genuinos conservadores, ni quien tiene razón, ni quien deja de tenerla, dentro, por supuesto, del círculo de mezquindades y ambicioncillas que están en pugna.

Cada fracción quiere salir privilegiada; cada hombre preferido; todos se preocupan de su persona ó de su grupo: muy pocos de la República.

Cual si los días terribles que siguieron á la Semana Trágica hubieran pasado hace un siglo, contados son los que se acuerdan ya de aquel Maura, de aquel La Cierva, de aquellas delaciones, de aquellas prisiones, de aquellos fusilamientos, de aquel temor que nos invadió á todos. ¡Bah! Aquello pasó. Hoy no debemos pensar más que en salir diputados. ¿Para qué gimieron tantos hombres en las cárceles? ¿Para qué se vertió aquella sangre, sino para que hoy podamos gritar valerosamente: ¡Viva Fulano! ¡Viva Mengano!

¡Ah! ¡Qué torpeza y qué vergüenza! Ante la reacción, que no está muerta, sino agazapada en la sombra, esperando el momento oportuno para caer sobre la libertad...

Ante el clericalismo, cada vez más osado, más procaz, más avasallador, que saquea á España en mil formas, y la envilece y la encanalla...

Nosotros, los que significamos algo,

y deberíamos, por lo tanto, ofrecer al pueblo ejemplos de civismo, de desinterés y abnegación, nos dedicamos en estos momentos á gritar: «¡Corresponden á mi partido tantas actas!—¡Al que le corresponden es al mío!—¡Yo pido la mía!—¡Y yo la mía!»; confundiendo-se en este espantoso griterío los que realmente la merecen y los que no han debido nunca soñar en alcanzarla; siendo lo más extraño del caso, que resultaría cómico, á no ser grave, que cada individuo y cada fracción nos creemos víctimas de las malas artes de los otros; sarcasmo sangriento que arrojamamos sobre los entusiasmos de ese pueblo, que no sé cómo no nos ha dado ya una lección severa.....

Creo que no es tiempo ya; mas por si lo fuere, ruego á los correligionarios que se agitan en ese caos de pasiones insanas, que hagan un esfuerzo sobre sí mismos, y acuerden reunirse el próximo domingo para acordar en dos horas la marcha que el partido debe seguir en las elecciones, cosa fácil si se despojan de suicidas egoísmos; y tengan por seguro que el pueblo los obedecerá ciegamente, si ve en todos lo contrario de lo que está viendo; esto es: que ninguno piensa en lo que particularmente le interesa, para pensar en lo que interesa á todos. Y tengan también otra seguridad: la de que ese pueblo le dará mañana más, al que más sacrifique hoy. La grandeza de miras y la abnegación despiertan siempre en él vivas admiraciones.

¿No se hace esto que digo, y vamos á la lucha en las condiciones que estamos? Pues tendremos nuestro *Barranco del Lobo*, sin la esperanza siquiera del desquite. Derrotados hoy en Madrid y Valencia, y no obteniendo un triunfo franco y completo en Barcelona, ya podemos aguardar unos años otra ocasión como la presente para acreditar lo que somos y lo que valemos; y se nos impondrá forzosamente el borrar de nuestro vocabulario todas las palabras que signifiquen convicción, fortaleza, amor á la patria y conciencia de nuestro valer, pues se reirían las gentes de nosotros, si es que no nos abrumbaban con su desprecio, si después de nuestra derrota continuáramos empleándolas.....

Correligionarios:

El mayor servicio que podemos prestar hoy á nuestras ideas, es demostrar que somos dignos de ostentarlas. Hay que evitar á todo trance que nadie pueda decir con justicia:

«Si hoy, que sólo se trata de alcanzar un acta, nos ofrecen los republicanos este espectáculo, ¿qué no sucedería si tuviesen otras cosas que repartirse?»

¡Por favor! No demos lugar á que nadie piense eso; porque eso equivale á enajenarnos por algún tiempo las simpatías del país, que espera su salvación de nosotros.

JOSÉ NAKENS

MORAL CIVICA

ELECCIONES

La urna electoral

Esa urna es el alma del pueblo. En ella se encuentran todos los vicios y virtudes del alma, todas las pasiones y facultades.

Como luchan en el alma del individuo los sentimientos, así luchan en la urna electoral las tendencias, aspiraciones, opiniones é ideas del pueblo.

Como hay individuos miserables, abyectos, ruines é idiotas, también hay pueblos idiotas, abyectos, ruines y miserables; en la urna se halla la dignidad ó abyección, la sabiduría ó la estupidez, la grandeza ó la ruindad del alma popular.

Allí deposita el pueblo su voluntad; el codicioso deposita allí su codicia; el astuto, su astucia; el fanático, su fanatismo; el hombre de bien, su bondad; el sabio, su ciencia; el esclavo, su servilismo. Las pasiones, las virtudes, los vicios y las aspiraciones del alma, no hacen más que cambiar el nombre propio por el de los candidatos. *Fulano de Tal*, significa tiranía, caciquismo, inmoralidad, especulación, chanchullo, mentira legal; *Zutano de Tal* significa libertad, progreso y equidad; *Mengano de Tal* quiere decir venganza, sangre, odio, fanatismo...

Un pueblo embrutecido, llena la urna con su embrutecimiento; un pueblo abyecto, la llena de abyección; un pueblo digno y consciente, la llena de dignidad y de justicia. De este depósito se surtirán por espacio de algunos años las fuentes de la vida nacional; de ese corazón procede la sangre que ha de henchir las venas del organismo patrio.

Una sangre viciosa producirá solamente dolores, malestar, podredumbre y corrupción: una sangre sana, comunicará vigor, salud y vida.

Esta urna es el alma que llevará á las Cortes sus virtudes ó sus vicios: es la garganta que pronunciará blasfemias ó cantará amores; es el loco que declamará disparates, ó el sabio que promulgará grandes máximas, ó el villano que se pondrá al servicio del que lo compre.

La papeleta electoral

Ese pedacito de papel que la ley pone en manos del elector, es la espada de la justicia, el baluarte del derecho. Es el trono, el ejército, la policía, la hacienda pública, la ley en manos del pueblo.

En un empate, ese pedacito de papel da el triunfo á un candidato y la derrota al otro. El voto de ese diputado, en caso de empate, en la Cámara podrá decidir el porvenir de la patria... Ese candidato triunfante podrá ser un redentor del pueblo ó un miserable aventurero. Todo el bien que haga aquel redentor y todo el daño que cause este malvado, están en aquel pedacito de papel puesto en manos de un elector, consciente ó

inconsciente: éste es el principal autor de la gloria ó de la infamia del elegido.

Ese pedacito de papel sale de las manos del elector para ir á la urna. De allí desaparece para volver á visitar periódicamente á aquel de cuyas manos ha salido, disfrazado en traje diferente. Este regreso es una cosa singular y notable. A fin de trimestre, viene en forma de recibo de contribución; á principio de año en forma de cédula personal; en caso de pleito se convierte en sentencia judicial; al padre que tiene hijos varones, le visita á los diecinueve años en forma de emplazamiento del hijo para las quintas; en tiempo de guerra, es la papeleta llamándolo á filas.

Los bandos del alcalde, los fallos del juez, las circulares del fiscal, los Boletines del gobernador, la Gaceta del gobierno, las leyes de las Cámaras y los decretos del monarca, son papeles amasados y confeccionados con el papel de de las papeletas electorales.

En la papeleta no hay más que un nombre; aquel nombre es un programa: aquel programa es una iniquidad, una locura y una estupidez, ó una reparación y una redención.

Los pueblos constitucionales no tienen derecho á quejarse: *tienen lo que quieren*. En la papeleta electoral el padre ha vendido la sangre del hijo; el obrero, su trabajo; el propietario, su hacienda; el ciudadano, su derecho. Aquel papelito es una escritura tremenda, absoluta, definitiva. En las guerras coloniales, el padre firmaba en el acto de emitir el voto, la cédula del jefe de zona que reclamaba el hijo para ir á sepultarlo en la manigua.

La madre decía al marido: no te metas en contiendas electorales. Con esto venía á decirle: «deja al partido gobernante que venga á robarnos los hijos y que los lleve á la muerte cuando quiera». Le decía: «no te metas en política; acaso la vida de nuestros hijos vale la pena de que vayas á votar?»

Y luego la madre maldecía la guerra, y el padre lloraba la pérdida del hijo: pero ni la sangre del hijo ni las lágrimas de los padres servían ya para escribir ni para borrar el nombre de la papeleta electoral.

Elector: ese papelito que la ley te pone en la mano, es tu sentencia.

Lo que hay en un vaso de vino

Balmes había notado en su *Criterio* que va mucha diferencia de tratar los negocios antes de comer ó de tratarlos después de haber comido, y San Ignacio de Loyola, en las sabias Reglas que dejó á los padres de la Compañía, les previene que los asuntos espirituales los traten por la mañana antes de comer, y los materiales por la tarde. Esos sabios ignoraban en su tiempo la razón fisiológica de este fenómeno.

Realmente, los vapores y gases de la digestión y de la comida hacen cambiar de vista el mundo. No hay más que fijarse en la gente de un banquete: entran

mustios y meditabundos: á medida que se va comiendo y bebiendo brotan la locuacidad, la alegría, el valor, la esplendidez y la magnanimidad. Se es más avaro estando en ayunas que estando bien hartos. La ilusionabilidad humana tiende á hacer creer que el estado en que se está durante el momento ha de perpetuarse: y así el harto arroja los platos pareciéndole todo sobrado, y el hambriento recoge las monedas pareciéndole todo poco.

Pero sobre todo el Vino es el rey de los transformadores de la visión.

El limo. Catalá, obispo de Barcelona, no sabiendo cómo hacer caer al banquero Girona en la tentación de costear la fachada de la Catedral, le dedicó un banquete, le llenó de Champagne, y cuando le creyó en sazón, le provocó ante el público á firmar la donación. La mujer honesta con el vino se hace deshonestas: por esto los ricos, cuando quieren seducir á una joven virtuosa, no le hacen proposiciones deshonestas, sino que la invitan á un banquete: el vino se encarga de lo demás.

Quien dice «vino» dice halago embriagador.

El vino del diputado

En los pueblos, y aun en las ciudades, el candidato suele brindar vino al elector. El elector cree muy bien que el papelote de la candidatura no puede servir para mejor cosa que para cambiarlo por un vaso de vino. El no es hombre, no es reflexivo, no *sabe nada* del valor de aquella papeleta; sólo ve el *vaso de vino* que le ponen delante... y *bebe* el vino y se traga con él la papeleta y el voto.

A los dos meses viene un agente de contribución; al elector le cobran veinte pesetas más...

—Rediós, ¿por qué he de pagarlas?— Amigo: la papeleta electoral decía esto; que te obligabas á pagar esto y cuanto se le ocurra á los diputados.

Seis meses después el alcalde le dice que su hijo ha de entrar en filas para ser llevado á la guerra mal equipado y mal vestido: quizás al barranco del Lobo.

—¿Cómo?—ruge el elector.—¿Yo dar mi hijo para tal guerra?—No seas bruto; tú firmaste la orden de incorporación á filas; diste tus poderes de padre al diputado, y éste los usa cogiéndote el hijo y llevándolo al Gurugú.

Al año hay una revolución en Barcelona. Un malvado que está rondándole la mujer, quiere librarse de él, le denuncia á la policía y es encerrado en Montjuich durante meses y meses.

—Mil diablos... ¿por qué estoy aquí?... ¿Qué he hecho?... ¿Qué hará mi mujer?...—¡Necio! Todo este sistema de tratar á los ciudadanos lo firmaste tú con tu voto de ciudadano; autorizaste al gobierno para suspender las garantías, al tribunal para prenderte por simples confidencias, al policía para callar el nombre del delator, y á todos para no darte

cuenta ni razón de lo que hacen contigo. ¿Que el otro se divierte con tu mujer? Tú le diste carta blanca con tu voto.

El hijo segundo vese un día agredido por el mozo del diputado, saliendo lesionados ambos y muerto uno que iba á separarlos. Se abre proceso: el hijo del elector va á la cárcel; el otro queda en libertad. El hijo es condenado... El hijo sube al patíbulo... El padre se desespera... ¡Necio!... Tú aprobaste todo eso: en aquel vaso de vino y en aquel cigarro del diputado estaban tu bolsa, tu honor, tu libertad, la sangre de tus hijos y la vida de los tuyos; tú te los bebiste y te los fumaste.

¡Bebiste y chupaste; ahora vomitas y asqueas...!

El candidato

¿Crees que el candidato rico será tan torpe que vote leyes para descubrir su riqueza oculta? ¿Para aumentar su contribución? ¿Para aumentar el jornal de sus obreros? ¿Para atarse las manos y quitarse la libertad de maltratar sus criados, de empeorar la suerte de los desvalidos?

¡No seas necio! Ningún loco arroja piedras á su tejado. Te pide el voto para convertir en argolla tuya el acta de diputado, para mejor ocultar su riqueza, para verse inmune de procesos, para esclavizarte más y más. Hará las leyes á su gusto; y su gusto es de tenerte á ti esclavo; de empobrecer la madre para arrancarle de sus brazos la hija y hacerla querida suya; de imponerte como ley su voluntad y de rodearte de policías que te prendan si tratas de quejarte, y de curas que te hagan creer que es pecado el rebullirte, y que así, con tu envilecimiento, con la extenuación de tu mujer y con la deshonor de tu hija, ganas el «cielo» que es la insula Barataria prometida á Sancho.

Predica bien de los frailes porque va á partir con ellos; defiende el partido conservador porque allí tiene su negocio; se dice amante del Estado, porque el Estado le permite á él abusar de ti y hacerse dueño tuyo y de todo lo tuyo.

Máxima

Exigir del candidato un programa claro y terminante y el compromiso de dar por renunciada el acta tan pronto como falte al programa no haciendo lo que debe ó haciendo lo que no debe.

S. PEY ORDEIX

El instinto de conservación

Un hecho gravísimo, si no es ya tardío, acaba de poner sobre el tapete un asunto que, no por muy manoseado, deja de merecer los honores de la mayor atención.

El hecho es que los párrocos de Madrid, en colectividad, han significado con reverencia muy expresiva y enérgi-

ca al obispo de la diócesis la imposibilidad de continuar por más tiempo con la irrupción monástica, ruina de las parroquias.

Como supongo que el Papa-Fraile no ha de dar una Encíclica poniendo á raya la peste esa humana y religiosa;

Ni el obispo tendrá valor para escribir una pastoral en defensa del fuero parroquial y ordinario, que debió jurar defender al tomar posesión de la diócesis, por la sencilla razón de que el Papa dispensa del juramento de fidelidad á la Esposa diocesana con el mismo derecho é intención con que el adúltero dispensa á su cómplice-adúltera del juramento de fidelidad á su marido;

Ni la Buena-Prensa española romperá una pluma en defensa del clero parroquial, condenado desde hace tiempo á las fieras monacales del circo romano, por mal nombre llamada curia;

Ni el ministro de Gracia y Justicia sabrá enterarse del deber que le incumbe por justicia, por disciplina, por patriotismo, y aun por religiosidad, de apoyar con la fuerza soberana las reclamaciones parroquiales;

Por éstas y otras razones, largas de contar, yo, por inspiración del Espíritu Santo de mi uso, he decretado que EL MOTIN supla con sus voces las de esos perros mudos, cuando debieran hablar, y ladradores, cuando debieran callar.

Há tiempo que yo pasé una circular á los párrocos advirtiéndoles el peligro y excitándoles á librar batalla. Esta sorprendente intervención mía en una cuestión religiosa, tiene profundas razones económicas, políticas, sociales y patrióticas. Ahora encargo á Pei Ordeix que dé un repaso general á esta cuestión, ciertamente muy de su gusto, y defienda al clero parroquial de la manera con que aquí se defienden y se atacan las cosas; y que, antes de meterse en harina, le diga algunas verdades á ese clero, tanto más justas cuanto que la defensa ha de ser más vehemente.

Hasta el próximo número.

Sin sermones

En Morales de Toro (Zamora) hay la costumbre de solicitar del Ayuntamiento permiso para predicar en los días de Semana Santa, y, pasados éstos, la de salir los ediles del Concejo acompañando al orador místico de puerta en puerta pidiendo limosna para el padre.

Este año hubo dos ó tres solicitantes, á los que contestó el Ayuntamiento que no tenía que conceder ni denegar autorización alguna para tal acto, y, por tanto, le importaba muy poco que predicaran ó dejaran de predicar; y ellos, en vista de esto, importándoles poco que se perdiera ó no la fe, pues lo que buscaban era el saquear á los fieles como de costumbre, tomaron soleta.

Pero no termina aquí la cosa. El párroco del pueblo, echándose la misma cuenta que los otros, ó tal vez por creer

que ofendía á Dios si predicaba *gratis*, se fué á hacerlo á los pueblos limítrofes, porque, *aunque poco*, le pagaban algo.

Las beatas están que trinan con los señores que forman el Ayuntamiento, en vez de estarlo con ellas mismas. ¿Tenían más que haber pagado ellas á los predicadores? Aquí todo el mundo quiere divertirse en Semana Santa, pero que lo pague el vecino.

Vulgarizaciones eclesiásticas

POR

Fray Gerundio

Como los lectores de EL MOTIN conocen parte de los artículos que forman este importante libro, nos abstenemos de elogiarlo.

Sólo les diremos que lleva un *Prólogo* de José Ferrándiz, y un *Epílogo* de José Nakens, y que se le servirá franco de porte al que envíe á esta Administración una peseta y 25 céntimos para el certificado.

Aplausos á granel

Quiero hacer partícipes á los lectores de EL MOTIN de las satisfacciones que he gozado al leer las desinteresadas alabanzas que los periódicos clericales prodigan á la primera de las *Hojitas piadosas*, que, sin duda por inspiración de lo alto, se me ha ocurrido publicar, y al efecto, voy á transcribir á continuación lo que algunos de esos queridísimos colegas han dicho:

GANDÍA

«Con la mayor desvergüenza del mundo, con inaudito cinismo, á la luz del sol, sin recato y sin respeto á las autoridades ni á los sentimientos católicos de Gandía, unos cuantos miserables secfarios, que para deshonor nuestra pululan por esta ciudad, han repartido profusamente una hojita infame, escandalosa, llena de asquerosos y repugnantes insultos á nuestra venerada Religión y á los Ministros de Dios.

Para procurar la lectura, para engañar alevosamente á los incautos y mejor hacerles tragar el ponzoñoso virus que las tales hojitas encierran, han apelado á la vil estratagema de titularlas *Hojitas piadosas* y les han agregado un subtítulo: *Abajo las escuelas laicas!* Tan vil, tan canallesco, tan mauseabundo es el procedimiento, que apartamos asqueados la pluma y lo dejamos sin comentarios; hágalos quien tenga el estómago bastante fuerte.

Pero sí que hemos de fijar nuestra

atención en un detalle. Esa hojita ó cédula diabólica, clandestina y criminal, es la primera de una serie; y si esto es cierto, como creemos, ¿qué harán los católicos de Gandía si se intenta repartir otras análogas? ¿consentiremos tamaña afrenta? ¿Toleraremos que unos cuantos canallas indocumentados, no contentos con poner *herrumbre en las letras que forman el nombre de nuestra amada Gandía*, se burlen de nosotros y de nuestras piadosas creencias?

La tormenta anticlerical ó anticatólica que se cernía amenazadora sobre nuestras cabezas, empieza á descargar; fulguran ya en el horizonte los primeros relámpagos. Es grande la audacia de nuestros enemigos, y esto no debemos olvidarlo. Si el mal no se ataja pronto, tarde ó temprano nos aniquilará, y entonces... ¡llorad como mujeres, diremos á los que alardean de católicos en lo más oculto de la cocina; llorad como mujeres la pérdida de vuestra fe, ya que no supisteis ó no quisisteis defenderla como hombres!

Otro detalle digno de ser meditado. La hojita que llegó á nuestras manos fué repartida, ó *dejada caer* cautelosamente, por una señora, baturra ó aragonesa por más señas. ¿Qué tal? ¿Está bien claro el inmenso perjuicio que causa á la sociedad cierta clase de propaganda? ¡Hasta las mujeres!...

Revista de Gandía.

TORTOSA

Llamamos poderosamente la atención del señor alcalde de nuestra ciudad y del de Roquetas acerca de la obligación que tienen de impedir á todo trance la circulación de unas hojas, al parecer inofensivas, y que imitan en la forma á las del P. Morell, pero que en el fondo son rabiosamente impías y escandalosas.

Llevar pie de imprenta, pero fundamentalmente sospechamos que es falso.

Todos los católicos deben vivir prevenidos, deben no leer dichas hojitas y denunciar sus repartidores á las autoridades, para que éstas les den su merecido.

De la religiosidad de las autoridades, á quienes acudimos, esperamos se atará y remediará pronto el mal, por lo cual anticipamos nuestro aplauso.

El Restaurador

SANTANDER

Un periódico católico de Madrid da la voz de alerta á los católicos, para que no se dejen sorprender por unas infames hojas de propaganda anticatólica que circulan por aquella capital, y es muy posible que lleguen, si no han llegado ya, hasta nosotros.

Rogamos á nuestros lectores que se fijen bien en la denuncia, que dice así:

«*Hojitas piadosas*.—Ponemos en guardia á los católicos contra unas hojitas, que, con el nombre de *Hojitas piadosas* y el mismo aspecto exterior de las que lo son verdaderamente y se reparten para la propaganda, especialmente entre niños, son sencillamente una infamia y una hipócrita canallada.

Esas hojas son una reunión de las mentiras, ridículas calumnias y blasfemias que vierten á diario los periódicos anticlericales, y, como dice al final, están destinadas, y á ello invita á los anticlericales, á ser repartidas «entre las

gentes católicas, utilizando las grandes festividades y reuniones piadosas. Seguramente que el reparto más activo se hará entre los niños.

Las canalleas hojas dicen arriba, por encima de un pequeño grabado, *Hojitas piadosas*; y por debajo del grabado, y como subtítulo *Abajo las escuelas laicas*; y en las primeras líneas no se descubre la infamia que encierra la nauseabunda publicación, cuyo chabano estilo se parece como una gota de agua á otra al de cierto desdichado anticatólico conocido por sus calumniosos ataques al clero en un periódico que dirige en Madrid, en el que grabados y texto parecen luchar para obtener la palma de la rufanería y la calumnia, desplegando en ésta el mismo valor que para encubrir delitos, sea ó no el aludido anticatólico autor de las hojas de que nos ocupamos.

Téngase en cuenta que la hoja que tenemos á la vista lleva el número 1, lo que parece indicar que se publicarán otras, en las que el aspecto y el título pudieran ser diferentes, y que es tan fácil el engaño, que podría darse el caso de que una persona piadosa fuese sorprendida, las recibiese y las repartiese sin leerlas. Léase con todo cuidado, de aquí en adelante, todo escrito dedicado á los niños.

Diario Montañés.

TORRELAVEGA

Ojol! Ojol! Ojol!—Por ahí andan unos impíos, tan cobardes como malos patriotas, repartiendo unas *hojitas*, que son la quinta esencia del satanismo.

Se titulan las repartidas *Hojitas piadosas*, llevando además un epígrafe que dice: *Abajo las escuelas laicas!*

El texto comienza mintiendo un cuento del virtuoso jesuita P. Seisdedos, y á continuación se vomita las más horribles herejías y las blasfemias más execrables.

El procedimiento es el del engaño miserable; el mismo que han empleado todos los impíos, desde Satanás hasta los modernos radicales.

Sentimos no haber podido comprobar el nombre del *acreditado* industrial que ha repartido en Torreavega esas *hojitas* encanalladas y cobardes, porque hubiéramos tenido la satisfacción de hacer pública su gran hazaña.

Señores: es menester conocer á los que se empeñan en *europizar*nos, poniéndonos por debajo de los brutos. Y el agradecimiento debemos mostrarlo los católicos y cuantos se precien de patriotas y de personas decentes, declarando á los repartidores de esa clase de *hojitas* la guerra económica. Es decir: si son comerciantes, no comprando cosa alguna en su casa; si son industriales, no haciéndoles el menor encargo; y si son hombres de carrera, no acudiendo á ellos para ningún asunto.

Afortunadamente hay hombres de carrera y comerciantes ó industriales que son buenos católicos, y á éstos es á los que se debe proteger. A los otros que los protejan los de su raza.

Terminamos dando á nuestros lectores un consejo: No rechacen las *Hojitas* si se las ofrecieren, sino acéptenlas, háganlas pedazos, tomen bien el nombre y profesión del que las repartiese, y díganlos en secreto, que nosotros haremos lo demás.

Va siendo hora pasada de hablar claro y de que nos defendamos por todos los medios.

El Adalid.

AVILA

Con el título «*Hojitas piadosas*» se están repartiendo profusamente unos impresos, en los cuales, bajo el epígrafe «*Abajo las escuelas laicas*» y una viñeta de las que acostumbran á servir á sus lectores EL MOTIN y EL Cencerro, se comete la infamia de poner en boca del virtuoso y respetable jesuita padre Seis Dedos, para sacar de ello las más absurdas y viles calumnias, un cuento-cito, que no tiene otra finalidad que la de excitar la curiosidad del público para que éste las lea, en vez de arrojar al fuego, desde luego y como se merecen, los papeluchos á que nos referimos.

Damos la voz de alerta á nuestros lectores, para que no se dejen sorprender por tan estúpidas patrañas, y esperamos de nuestras dignas autoridades exciten el celo de sus subordinados para que aprehendan á los encargados de tal propaganda, exigiéndoles la responsabilidad en que por ello han incurrido.

El Diario.

Alentado en mi empresa por esos inmerecidos elogios, que no podría agradecer bastante, aunque alcanzara triple edad que la de Matusalén, preparo la segunda *Hojita piadosa*, que espero ha de agradarles más aún que la primera, si la gracia de Dios no me falta y mi acierto se pone á la altura de mi patriótica intención y mi honrado propósito.

¡Vaya con las Hojitas!

Ya ven los lectores cómo se dan á los diablos nuestros catacúmenos los católicos, por la gran infamia de EL MOTIN de vestirse traje de fraile para poder ser admitido en la tertulia de la grey frailuna y episcopal. ¡Y cómo les ha encorinado nuestra diatriba satánica! Porque sabido es que todo lo que contraría el negocio de los traficantes clericales, son cosas del diablo, ideas de Satanás y proyectos del Infierno, de las sectas secretas y del judaísmo.

¿Es cosa de Satanás y somos satanases? No riñamos por insolencia de más ó de menos; hágase el milagro aunque lo haga el diablo. En las escuelas teológicas hubo una opinión de que los demonios habían de convertirse á Dios y que Luzbel recobraría su puesto. La escuela teológica de EL MOTIN es partidaria de esta teoría, y además opina que cuando los demonios se convertirán, los ángeles se pervertirán, protestando de que Dios perdona á los ángeles malos, como los hermanos del Hijo Pródigo protestaron de que el Padre lo recibiese con grandes fiestas. Y si no mienten los aparatos de nuestro Observatorio, esto ha ocurrido ya: los demonios son otra vez buenos, y los angelillos aque-

llos, al parecer inofensivos, rugen como demonios.

¡Y vaya una zambra la que arman los clericales! Piden á las autoridades la prohibición de las *Hojitas*, piden la cabeza del protervo Nakens, predicán el *boycott* contra los repartidores, y aun excitan á sus fanáticos á romper el bautismo á los lindos diablillos que con carita sonriente entregaban á las encopetadas damas y á las devotas pollitas nuestras *Hojitas*...

En fin, que están hechos un infierno. Y la razón no es para menos.

Imagínese el lector la que se armaría si un ángel del cielo entrase en el infierno á propagar hojas celestiales, ó si un diablillo se introdujese en el cielo á repartir *hojitas* satánicas.

¡Vaya una marimorena!

Este es el caso. El clericalismo había logrado *embotellar* la «santa grey» pagana, que vive en la Babia frailuna sin enterarse de lo que pasa por el mundo, y sin querer enterar, asustándose de la Verdad como se asustan del coco los niños. ¡EL MOTIN... el coco! *El País*, *El Liberal*... la Mala Prensa... ¡cocos, cocos!

Pero he aquí que el coco se viste de fraile y toma aire pacato, y se envuelve en un barniz de devoción y capucha de título piadoso, y los devotos se abrazan á él... y se convencen de que no hay tal coco... Y este es el descrédito del negocio clerical y el fracaso de sus doctrinas y el proceso de sus fechorías... Y por esto los Padres del clericalismo, al ver que les amenazan la bolsa, han soltado al aire todas sus cien patitas, chillando como si les arrancasen el alma.

¿Ahí duele? ¡Pues ahí, y duro! Ahora sabrán los clericales al verse abofeteados con sus mismos procedimientos, las ofensas que ellos han estado haciendo con sus *Hojitas* á las familias librepensadoras, minando la autoridad del padre, agraviando al honor del marido y abusando del candor del joven. ¡Ahora sabrán lo que es ello!

Romperemos el bloqueo que han puesto á la conciencia de sus víctimas; la Verdad se abrirá paso; se vestirá de fraile y de monja cuando lo exija la moda; llamará á las puertas de la conciencia del fanático, vestida á gusto del fanático; y cuando éste quiera descubrir la Verdad, habrá paladeado ya algo de su dulzor y... después de leída la *Hojita*, las ideas quedarán en su cerebro para echar raíces hoy, mañana, dentro de un año ó de diez, según lo duro que esté el suelo de su conciencia y según el riesgo que den las circunstancias. Eso: ¡a convertir católicos!

Cada librepensador ha de formar propósito de convertir un católico cuando menos. La *Hojita* (y otras cosas que irán viendo los amigos) ha de ser una flecha salida del pecho de la Verdad enamoradora, al corazón del catolicismo; flecha de amor que herirá amorosamente el corazón de los cautivos engañados, y dardo mortífero para los tiranos que les explotan. Cada manojo de Hojas lanzado

sobre un cotarro clerical, ha de ser una granada que estalle sembrando el pánico; cada hojita del manojo será un perdigón que herirá amorosamente á unos y venenosamente á otros; y cuando los dueños del cotarro griten y chillen y lancen alaridos de furor, prueba será de que están heridos, de que llevan el perdigón clavado y de que la granada surtió todo su efecto.

¿Que las cogen para quemarlas y rasgarlas? No importa. En el tiro largo de artillería se da por buena puntería la que hace blanco un tres por ciento de los tiros. Con que de cien *Hojas* se lean tres, ya está la ciencia militar satisfecha. Bien valen los 65 céntimos tres almas de católicos honrados que luego traerán al campo liberal las misas que habrían dado al clero... Y ¿se quiere mejor blanco que el hecho en Córdoba?... Fueron los mismos rabadanes clericales los que distribuyeron á sus borregos el antídoto motinesco contra su predicación ponzoñosa... ¡Una delicia!

..

Es de desear que los anticlericales se den cuenta del alcance de esta obra trascendental, que no ha hecho más que comenzar, y en cuya prosecución unos y otros irán de sorpresa en sorpresa. EL MOTIN les irá dando oportunamente las instrucciones en las cuales es conveniente que se fijen los amigos que quieran sacar el mayor provecho posible de esta estrategia.

Por lo pronto, hay que advertir que las *Hojitas* no son clandestinas ni ilegales, sino que están plenamente dentro de la legalidad. En ellas no hay escarnios de la *religión oficial*, ni ofensas á las personas, ni calumnias, ni falsedades. Así, pues, cuando un repartidor se vea molestado en este ejercicio de su derecho legal, puede y debe requerir el auxilio de la autoridad; y si fuese detenido bajo la responsabilidad de algún clerical, formule inmediatamente la protesta ante la autoridad, y reclame en seguida daños y perjuicios; advirtiéndole que estos perjuicios no son solamente los materiales, sino los morales que implica toda detención hecha por calumniosa denuncia de imputarle un delito. Esta reclamación judicial puede seguirse *como pobre*; para ello le bastará preguntar la forma de entablarla á cualquier amigo algo enterado en procedimiento judicial.

Asimismo, si en el pueblo donde se persiguiese á las *Hojitas*, algún periódico ó predicador se propasase á proferir agravios, denuestos, calumnias é injurias contra los repartidores ó autores de las *Hojitas*, y conviniese proceder contra él, EL MOTIN apoyará al que lo solicite para perseguir por injuria y calumnia al orador ó periodista. Si las injurias se infieren desde el púlpito, procuren los interesados tener *testigos* fieles. El derecho para estas reclamaciones expira á los seis meses.

Y por hoy no decimos más.

“Granitos de oro”

Es una nueva estratagema, marca de fábrica EL MOTIN (ojo con las imitaciones), que muy pronto se pondrán á circulación pública, y que aumentarán la irritación y encorramiento de los explotadores del cotarro clerical. Se pondrán á 20 céntimos 100 granitos, de los cuales no damos más señas particulares. Serán de oro purísimo, sin aleación ni amalgama.

De su eficacia y valor real nos dará cuenta la prensa reaccionaria, poniendo el grito en el cielo y los cascos más arriba.

Ningún anticlerical debe salir de casa sin una cajita de los

“Granitos de oro”.

Usados según las instrucciones que llevará el prospecto, producen grandes efectos: para amodorrar á los clericales furiosos, para irritar á los clericales amodorrados, para hacer bailar boleros á los más tullidos, hacer oír á los más sordos y hacer ver á los ciegos de nacimiento. Los maravillosos

“Granitos de oro”

obran como flojísticos, diuréticos, astringentes, emolientes, revulsivos, excitantes, calmantes; aplacan ó excitan los nervios, refrenan ó encienden la sangre clerical, entonan los músculos, obran sobre el cerebro y sobre el corazón directamente, curan la impotencia de los débiles y contienen los excesos de otros. Es un verdadero cúralo-todo. Hacen reír á los mismos que hacen rabiar. Son preservativos del virus clerical.

Valiente...

Se celebraba un mitin contra las escuelas laicas en Caldas de Reyes (Galicia), y uno de los rebuznadores clericales se las quiso echar de valiente, diciendo que apelaría á la dinamita para alcanzar la victoria, cuando de pronto, ¡cataplum!, se hundió el tablado donde “peroraba”. Oír el estrépito, ver la nube de polvo que levantaron las cuatro tablas viejas, y salir de estampía el caudillo y sus valerosas huestes, todo fué uno.

¡Una bomba, una bomba!, gritaban todos, y se atropellaban cristianamente por ganar la salida.

Al fin se restableció la calma, y pudo verse al orador con un rosario en la diestra mano, un revólver en la siniestra, y en la *otra*, una antorcha para vencer á los enemigos de la religión.

¿Pero tenía tres manos?, preguntará cualquier avisado lector. Ni tres manos, ni rosario, ni revólver, ni antorcha; sólo tenía un miedo cerval.

Eso de las tres manos, es una figura retórica usada por el orador, que, en su

entusiasmo bélico, imaginaba tenerlas, como pudiera haberse creído en posesión de cuatro patas, metiéndolas todas á un tiempo.

No se conoció bien y se quedó corto.

Las Ordenes religiosas y la contribución

Texto de la Exposición que el Círculo de la Unión Mercantil ha entregado al ministro de Hacienda:

«Hace años que el Círculo de la Unión Mercantil é Industrial viene dirigiéndose á los poderes públicos, con objeto de recabar de ellos alguna medida que pudiera servir de muro de contención contra el excesivo desarrollo de las Ordenes religiosas.

En 1901 y en los dos siguientes nos concretábamos á pedir la legalización del estado jurídico de esas Asociaciones, suponiendo, no sin fundamento, que eran muy pocas ó ninguna las que vivían en condiciones de ley. Ni siquiera pudimos conseguir que se publicase el padrón de matriculas, como medio de comprobación.

Todos nuestros lamentos y quejas quedaron en el vacío. Pero la situación de las clases mercantiles se iba agravando por momentos, y llegó un día, el 7 de Febrero de 1907, en que, con motivo de celebrarse en esta casa una junta general, se pintó con tan negros colores la crisis que atravesaban nuestras clases por efecto de la invasión comercial é industrial de las referidas Asociaciones religiosas, que nos obligó á presentar al señor presidente del Consejo de ministros una nueva exposición con tendencias radicales, doloridos de que no hubiesen sido atendidas las anteriores, que no podían ser más modestas ni más justas.

«Hoy no podemos contentarnos ya, decíamos en la citada exposición, con que se legalice su situación; hay que cortar el mal de raíz con el único procedimiento adecuado, que es: someterlas al cumplimiento de los fines religiosos y prohibirlas terminantemente y en absoluto el ejercicio de toda profesión profana, como lo son el comercio y la industria.»

No nos dominan en esta aspiración propósitos sectarios. Respetuosos con todas las creencias y con todas las manifestaciones de la actividad humana, sería indigno entablar una lucha de clases ó de castas por prejuicios sistemáticos; lo que hay es que los Institutos monásticos, separándose de su verdadera misión, lo han invadido todo contra el espíritu y la letra de los cánones sagrados y de las leyes temporales, y que se impone la necesidad de poner coto á esa «extensión monacal» por consideración y respeto á las demás clases sociales, que son el nervio del Estado y del país. Sostener competencia con quien vive gratis la casa que ocupa, que no paga Aduanas, ni mano de obra, ni contribución industrial, es ir derechamente á una ruina cierta y segura.

La Asociación religiosa tiene el privilegio de gozar de todos estos benefi-

cios, y no es posible la lucha en condiciones tan desiguales.

Quizá nos baste para resolver el conflicto preguntar por la personalidad jurídica de esas Asociaciones. Es casi seguro, que la mayoría, por no decir todas, están fuera de la ley de 30 de Junio de 1887, que es la que regula el derecho de asociación, y que debieran, por consiguiente, ser disueltas. Pero, como dejando á un lado este aspecto de la cuestión, el fabuloso crecimiento que han tenido en los últimos años, y el afán con que procuran apoderarse de todos los negocios, son un peligro que pudiera traducirse un día en gravísima perturbación social, renunciaremos á citar hechos concretos, porque aquí son ya notoriamente conocidos; pero no hay que olvidar, excelentísimo señor, que son muchos los miles de obreros que viven del trabajo de los establecimientos laicos, y que ya se resienten hoy de que se les escapa para los conventos lo que constituye el pan de sus hijos.

Para evitar odiosidades que puedan llegar á revestir caracteres violentos, damos nosotros el toque de alarma.

Al Gobierno incumbe adoptar aquellas medidas y resoluciones que puedan producir el efecto apetecido.

La situación retratada en los párrafos precedentes, lejos de mejorarse, se ha ido acrecentando de día en día, y hoy atraviesan nuestras clases una crisis desesperante.

Hay, pues, necesidad de apelar á grandes remedios para conjurar estos peligros, que acabarían por causar la ruina del comercio y de la industria del pueblo español.

Dios guarde á V. E. muchos años.
Madrid 7 de Abril de 1910.

El Presidente,
RUPERTO J. CHAVARRI.

Aunque tarde, todas las clases sociales van comprendiendo que los frailes son la ruina de España.

Estoy conforme con esa Exposición del Comercio y la Industria, menos en lo de que se encierre á las Ordenes religiosas en el cumplimiento de los fines religiosos. No. Yo pido resueltamente su expulsión.

Los males morales que traen á España, son infinitamente mayores que los perjuicios que causan al Comercio y la Industria.

Pero ya hablaremos de esto más despacio.

Lombrices

Todos sabemos que en Francia, con motivo de la liquidación de las congregaciones religiosas, se descubrió un gastero importante.

Y así como se dice ¿quién es ella? cuando ocurre algún suceso misterioso, me preguntaba yo, refiriéndome á ese escándalo: ¿quiénes serán los clericales promotores del negocio?

Me ha dado la respuesta la justicia, descubriendo en casa del clerical Martín Gauthier doce documentos referentes á una sociedad que todavía no funciona

con ostentación y que iba á multiplicarse en toda Francia para explotar los inmuebles de las congregaciones, con fines comerciales, agrícolas é industriales, procurando que el personal de estos establecimientos se compusiera de religiosos pertenecientes á las comunidades disueltas.

Son como las lombrices: aunque se las parta en varios pedazos, siguen viviendo y comiendo; y cuanto más se las divide, más bicharracos hay.

Las rogativas

Es propio de los pueblos salvajes y de los semicivilizados atribuir los fenómenos naturales, singularmente aquellos de naturaleza física, á causas sobrenaturales.

Si una chispa eléctrica hiere á algún individuo durante la tempestad ó si destroza su misera choza; si se produce un terremoto ó sobreviene cualquier otra calamidad cuya causa no puede explicarse inmediata y satisfactoriamente, se atribuye todo á la cólera de algún ser sobrenatural invisible.

No se diferencia gran cosa en esto el católico de nuestros días del salvaje primitivo. Su concepción antropomorfizada, y, por lo tanto, grosera de Dios, le lleva á formar conceptos tan absurdos como estúpidos acerca de los fenómenos físicos que rigen nuestro globo.

Fijémonos en lo que sucede con las lluvias. Si éstas son oportunas y en cantidad necesaria para que las cosechas vayan bien, los católicos dicen que Dios les es propicio. Si rebasan el límite necesario de modo que perjudiquen á los sembrados, ó, lo que es peor, ocasionen crecidas de ríos con su cortejo de aldeas, pueblos y hasta ciudades inundados, entonces es que Dios los castiga, justamente irritado por sus pecados.

Otras veces los castiga, sin duda por variar, enviándolos la sequía. Pero en este caso el buen católico no se alarma tanto como en el anterior. Esto da más treguas, y tal vez con plegarias y ceremonias del culto *cambie* el buen Dios su modo de pensar y envíe la lluvia.

Hay que hacer rogativas cuando se llega á un extremo en que la cosa se presenta mal. ¡Poco cuesta probar!—dicen cuando se les objeta que aquel acto es impío.—Si admiten que todo lo que hace Dios está bien hecho, ¿por qué no conformarse con su santa voluntad? ¿No es eso un acto de rebelión contra los designios de su Providencia divina? Mas, ya que no admitan esto, ¿por qué al menos no aprovechan las lecciones de la realidad y el fracaso los corrige?

No ha mucho, en varios pueblos de una provincia meridional, afligida por pertinaz sequía desde el otoño último, celebraron solemnes rogativas á fin de que lloviese. Las nubes se hicieron las sordas, es decir, Dios se hizo el sueco. Pasaron días, pasó la octava, y... nada, sin llover.

Faltaba probar fortuna en un pueblecito limítrofe á los anteriores, precisamente aquel en que el autor de estas líneas vió la luz por vez primera, y en el que aún continúa.

Cuando empezó á susurrarse el propósito de celebrar aquí también rogati-

vas, no á todos parecióles bien. Muchos opinaban cuerdamente que si en los otros pueblos no habían surtido ningún efecto, no era presumible que Dios fuera más complaciente con nosotros que con los demás. No faltaba quien las combatía, temiendo un exceso de agua; algo así como lo que había oído decir de Zamora, Coruña y otras provincias, en aquella fecha todavía inundadas. No se debe pedir agua—decía—pedid pan.

Por fin se celebraron, hay que confesarlo, con gran indiferencia del vecindario. Cerró la noche con nubes plomizas en el Oeste, indicio de aire. Y, en efecto, aquella noche y varios días sopló un viento, el más impetuoso de todo el invierno. ¡Y aún no ha llovido!

Las anteriores líneas se me ocurrieron cuando leí que el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro había acordado dirigir una comunicación á todos los prelados de Cataluña pidiéndoles que celebrasen rogativas para impetrar del cielo la lluvia.

De todo corazón lamento el estado de cosas que hizo dictar el anterior acuerdo. Pues si es disculpable que la superstición arraigue en el campo abonado de la ignorancia popular, no puede decirse lo mismo de todo un Instituto Agrícola, y surge involuntariamente esta pregunta: ¿En qué siglo estamos y en qué país vivimos?

RAMÓN COLOMA

SUCIEDAD RELIGIOSA

El francés D'Aurignac diciendo: «Las mujeres españolas son también muy gentiles, pero qué sucias!» y probándolo con lo visto y... más que visto en su amiga Concha la andaluza, ha llamado otra vez la atención sobre un postulado muy antiguo. ¿Son nuestras mujeres, somos los españoles todos menos limpios que otros pueblos civilizados?

Resuélvalo quien quiera. Lo que sí puede asegurarse es que, aparte lo que en nuestro desaseo influyen el clima y la manera de vivir, si no somos tan limpios como debiéramos, nuestra religiosidad tradicional tiene la culpa.

Como si lo viera, la Concha de autos es beata y educada por mujeres piadosas.

Nada contiene el cristianismo que induzca á la marranería, si no es el principio místico del desprecio á la carne. Según la creencia general, los apóstoles y los primeros cristianos, sobre todo los ascetas, eran modelos de muchas virtudes, pero no de limpieza; herencia de los judíos, de los esenios, y de algunos neoplatónicos!

Luego, la Iglesia hizo de la piedad algo reñido con la pulcritud. No hay, pues, religión más antihigiénica y dada á la suciedad que la romana. En sus ritos y en las costumbres de ellos derivadas, á cada paso vemos una causa de cochinería y un vehículo de enfermedades.

La liturgia romana es un continuo besuqueo; todo se besa, objetos y personas.

El sacerdote que dice misa ha besado al revestirse tres de los ornamentos que besaron antes otros por largo tiempo; hay estolas que duran un siglo...

Ya en el altar, besa por siete veces el tapete, besa la patena y el misal: en la misa mayor le besan á él los ministros la mano y todos los objetos que le dan ó de él reciben: las vinajeras, la cucharilla, los libros, el incensario, la cruz, los cirios, las palmas. Si el que oficia es un obispo, hay que estarle besando á cada paso las manos y todo lo que se le entrega.

Besa el clero y besa el clero la paz, un cuadrito de plata, las reliquias, el anillo de los obispos, éstos la cara de los presbíteros al ordenarlos y todo fiel besa los pies del Papa.

Fuera del rito, según las costumbres religiosas, el pueblo besa los mugrientos pies de los cristos, las pernas de los santos, las manos de los clérigos, las correas, cordones y hábitos de los frailes, las monedas dadas al pobre, que éste besa también, y por besar, los más devotos, besan hasta el suelo.

Es ésta la religión del beso, aunque tan severamente prohíbe el más natural y grato: el de los enamorados.

Imagínese cuán propicio á la propagación de microbios y enfermedades será ese constante besuqueo. Cada pie de un cristo es criadero y depósito de *bacillus*. Y los curas multiplican las imágenes al alcance del beso, porque junto á ellas colocan el cepillo al alcance de la mano.

Pero hay muchos más actos religiosos sucios y dañinos para la salud. Veamos algunos.

En las parroquias tienen una cruz que se da á besar á todos los enfermos que reciben el viático: no la limpian jamás.

Con el mismo vastaguito de plata se da la unción, es decir, se restriega los pies, manos, nariz, boca, orejas, ojos y... riñones de todos los moribundos, sudorosos como suelen estar. El instrumento vuelve sin limpiar á su sitio, el vaso del óleo, del cual no sale más que para tocar á otro enfermo. ¿Tendrá microbios el óleo santo? ¿Será en tiempo de epidemia un buen agente?

No lo es menos la pila del agua bendita, que guarda su contenido, por lo menos, ocho días; y hay templos que hasta un mes, recibiendo polvo, manos sucias de mendigo, de beata puerca, de tísico, de herpético, de... todo.

Así, con la misma concha metida en la pila del agua consagrada, se bautiza á todos los niños; con el mismo vástago de plata se los unge después, pasándolo por tantas caspas y costrones; con el mismo velo se cubre á todos los novios, sin que una vez lo limpien, como no se limpian los relicarios que todo el mundo besa.

Podrían citarse muchas marranerías usuales en el culto. Por ejemplo, con un solo cáliz celebran infinitos curas, y con los mismos ornamentos algunos de ellos, que toca en la carne. En las comuniones de Jueves Santo beben vino varios clérigos en el mismo cáliz, hasta agotarlo.

Si cae al suelo una hostia ó vino consagrado, un sacerdote debe ¡lamer! el sitio en que cayeron. Con migas de pan se desengrasan los obispos el óleo de las consagraciones y secan las manos de los consagrados. ¡Vaya un medio primitivo!

El sacerdote que ve una mosca en el cáliz tiene que tragársela, si no quiere hacer una larga serie de manipulaciones con ella.

En ocasiones, un presbítero celebrante se ve obligado á beberse la mezcla de vino y agua que ha lavado los dedos de otro ó de otros... ¡y qué dedos! He visto á un clérigo en tal caso tirar al suelo aquella porquería llamada *abluciones*, por no morir de asco al beberla. Todo esto parece á la multitud santo, bueno y limpio; así cunde la santa gorrinería y se hace endémica.

La Iglesia no tiene noción de la higiene, ni piensa en reformar, según ella, sus ritos. Se comprende. Venimos del judaísmo, religión sucia y sangrienta, que hacía sacrificios de carnívoros, funciones de mondonguería con olor nauseabundo á carne que se achicharra sin sal ni condimento. Luego los sacerdotes se comían aquella asquerosidad y se ungían con ungüentos sebosos que les chorreaban por la barba... ¡Marranos!

El odio á la carne humana, engendrado por el misticismo católico, es el que nos ha hecho puercos y de la limpieza un pecado.

La última persona quemada por la Inquisición española fué una joven de Sevilla, por el delito de lavarse todo el cuerpo. A un obispo católico sudamericano le prohibió el Índice un tratado de moral, porque en él aconsejaba lavarse el cuerpo á menudo. Isabel la Católica hizo voto de no mudarse de camisa hasta entrar en Granada, y tardó ¡seis meses! ¡Cómo entraría la buena señora! Estos votos eran entonces muy frecuentes en mujeres y hombres.

Las monjas no se lavan jamás el cuerpo y poco la cara; huelen mal, y así los frailes, de quienes dijo el loco Amaro de Sevilla en uno de sus célebres sermones: «¿Qué quiere decir padre reverendo? Pues fraile cochino». Lo he comprobado estudiando la vida de los trapenses.

En general, un cura ó un fraile limpio es un mirlo blanco, y se critica en el clero al que se cuida de su persona. Esas etéreas esposas del Cordero no pasan de ser unas tías cochinas, y esos venerables que manejan el cuerpo de Cristo, unos marranotes con los dientes amarillos, las uñas de riguroso luto, aliento pestífero que arrojan sobre el penitente en el confesonario, y el cuerpo hecho una roña lleno de escamas, siendo reñido con el agua.

Así estarían los fervorosos creyentes de la Edad Media, que en los templos repletos de concurrencia olerían á todo menos á ambar. El famoso *botafumeiro* de Santiago, incensario colosal, no tenía otro objeto que disimular el tufo nauseabundo de los peregrinos; lo que no ahuyentaba era los piojos, fruto de casi todas las aglomeraciones religiosas y de la mayoría de las comunidades.

Por gusto de la Iglesia los cadáveres entrarían en los templos y se descompondrían, como lo he visto en mi juventud, ante enormes aglomeraciones de gente, entre el humo de los cirios y el olor á carne humana sucia de los concurrentes.

Donde la Iglesia imperaba no había termas, ni baños, ni polieía; las ciudades eran montones de basuras surcados por arroyos de cieno, donde las epidemias se cebaban de continuo, hasta que la cultura humana venció á la Iglesia.

—¿Por qué pega usted á la niña?— preguntaba yo á una vecina.

—Porque estaba lavándose *por dentro*; una *cochinera* que sólo hacen las mujeres malas.

He ahí sintetizado el ideal de Roma y explicada la suciedad de Concha la andaluza y de tantas mujeres; la suciedad de un pueblo hijo de frailes y por ellos formado.

Arrojarlos y emanciparse de Roma es el primer desinfectante que se impone.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Odre reventado

Varios presbíteros de Jubín (Orense), con el párroco á la cabeza, celebraron la «pascuilla» simulando al vivo el cuadro «Los borrachos», de Velázquez. Quiero decir que cogieron una «turca» fenomenal.

Marcháronse haciendo eses á sus domicilios, y el párroco citó en el suyo y en clase de Dios Baco á los vecinos. ¿Para qué? Para vomitar sobre ellos todo el mosto sobrante, porque no habían cumplido el precepto pascual como él, emborrachándose clerical y asquerosamente.

La escena tuvo un desenlace inesperado en tierra católica: sóbrios de palabras los ofendidos, no fueron parcos en la acción, y dieron una tanda de palos de padre y muy señor mío al rezumado clérigo, dejándole casi inservible la corambre.

La virtud triunfa siempre del vicio: contra destemplanza, serenidad.

Y garrote.

Las ovejas y los lobos del rebaño de Cristo

Son cristianos todos los bautizados. En el mundo hay 569 millones de bautizados, de los cuales 195 millones se llaman protestantes y 124 millones se llaman ortodoxos cismáticos. Estos 309 millones de cristianos afirman que el Papa es el Anticristo. Entre ellos están los Soberanos y Cortes de Rusia, Grecia, Alemania, Inglaterra. En los 260 millones que figuran como católicos, se hallan los librepensadores, racionalistas, liberales, regalistas y socialistas, excomulgados de la Iglesia por el Papa; hállese los simoníacos, mercaderes, hipócritas, tiranos, usureros y acaparadores, excomulgados por Cristo: los conservadores mestizos excomulgados por Pío IX; los integristas y legitimistas condenados por León XIII; los modernistas y cristianos socialistas excomulgados por Pío X.

¿Cuántos católicos quedan?

Los cardenales, obispos y frailes ¿son católicos siquiera?

¿Cuántas son las ovejas? ¿Cuántos los lobos?

¿Quiénes son los trasquilados y quiénes los trasquiladores?

SICALIPSIS MONASTICA

IV

El Dios-Marido

(Duro con el molinillo)

(Título de la sicalipsis sin
cubilete.)

No busques, lector, en esta religión monástica un solo resquicio por donde puedas formar idea de una Divinidad espiritual y realmente religiosa. Nada hallarás propiamente del Principio universal, sublime, incomprensible é invisible del Dios buscado por los teólogos y filósofos. Ni menos hallarás un trazo del Dios-Padre, que trajo Cristo á la Humanidad, ni del Dios uno-y-trino del escolasticismo. La monja no conoce al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo; es el dios Isis-Osiris; el dios-novio y el dios-marido, pero marido estéril y novio vicioso, zangolotino, entregado á todos los deleites y frenesíes del amor infecundo, algo parecido al eunuco frenético en cortejo de las sultanas. La monja no le ve como Padre de los Hermanos, ni siquiera como criador de su madre y de su padre; sólo le conoce como novio, como amante, como marido, dispuesto siempre á amar, como los soldados de la zarzuelilla: con las armas en la mano. El Dios-Falo.

Ahora vamos á presenciar una escena íntima entre ese Dios-Marido y su esposa; vamos á sentir crujir los besos y á ver palpar los corazones.

El fraile ha hecho creer á la monja que su Esposo tiene un receptor telefónico y telefotográfico en el Sagrario: por ondas de electricidad espiritual El oye y ve desde aquella Hostia, como en especie de dije de virtudes talismánicas: y ella con los ojos, oídos, tacto, olfato y sensibilidad de la ilusión, va á sentirlo á El en ese fragmento de masa, para cuya mayor virtud fascinadora hay grabado un hombre, y se halla guarnecido entre oro y brillantes, luces y adornos hipnógenos, colocados en la dulce penumbra del templo, luciendo como estrella en el horizonte.

El fraile no sabía cómo expresar con humano lenguaje esta escena. Tropezaba con la dificultad de María Baskirtseff: «es un fastidio lo que pasa al escribir; sólo se encuentran palabras comunes: bosque, montaña, cielo, luna; lo que dice cualquiera patán». Así también, nuestra monja-fraile, inútilmente busca para sus pretendidos amores divinos, frases fuera del epistolario de cadetes y fregonas: lo más que se le ocurre es sentirse *pichona*. Su idilio lo intitula «arrullos de paloma». Y cierto: vamos á ver una paloma lasciva, echando chispas por todos sus poros con la misma sen-

sualidad con que el enamorado de *La Bruja*:

Como los pájaros cantan
las penas de sus amores,
así canto yo la jota
para calmar mis dolores.

No encontraremos ideas sublimes, ni aun literariamente hablando. Ni hallaremos una frase equivalente á la copla del *Dúo de la Africana*:

El puente tiene seis ojos,
yo tengo dos solamente:
vierten mis ojos más agua
que los ojillos del puente.

Lo que sí hallaremos será una reminiscencia y paráfrasis del cantar del preso:

Preso en la cárcel estoy
y no me vienes á ver;
se ve que no tienes alma
ni corazón de mujer.

Quedamos, pues, en que el amor espiritual de la monja no pasa de los límites del de una truchimana á quien la policía ha arrebatado su *pichón*.

Es lástima no poder copiar la lámina: simboliza una paloma en celo restregándose sobre el ara del altar y aleteando impaciente.

Atención, que va á comenzar á arrullar:

Oculto entre las ramas de los árboles, pero muy cerca del lugar donde tiene su nido, pasa el ruiseñor las horas, trinando dulcemente y llenando los aires de endechas amorosas. ¿Pues, por qué yo, avecilla de la soledad, escondida entre mis rejas, no he de pasar la noche cantando ó gimiendo cerca del nido de mis amores?

¡Sí, aquí cantaré con el corazón palpitante de tierna emoción; aquí gemiré para desahogar contigo una vez más los afectos de mi corazón, que tú sabes te pertenecen. Interminables me han parecido las horas que han transcurrido desde la última vez que aquí estuve; durante ellas he estado pensando en tí sin cesar; á cada momento he sentido brotar en mi alma afectos de ardiente amor; y mis labios te han protestado mil veces, en palabras dulcísimas, toda la ternura de mi corazón. De mi pecho ha habido una corriente invisible y misteriosa por la cual han venido á mí tus gracias y han ido á tí mis pensamientos, mis deseos, mi misma vida.

Como tórtola que fatigada de volar por el valle busca afanosa el árbol donde anida, y allí solitaria, exhala dulces arrullos, así mi alma ansiaba venir á tí, y posada blandamente sobre tu altar lanzar en la soledad mis tiernas quejas. Tórtola solitaria, tórtola solitaria es mi alma sobre la tierra; tú eres mi único compañero, y por eso busco anhelante tu dulcísima compañía.

Y dime ¿Vida de mi alma!, en esa soledad en que te ves, en ese olvido y abandono. ¿Te consuela algún tanto mi compañía? ¡Ay, yo soy tan feliz con la tuya!... En tu presencia no hay amarguras para mí alma. Si vengo á tí llena de dolor y pena, se desvanecen mis penas y mis dolores, y solo siento placer en mi corazón. Tu presencia da siem-

pre á mi alma dulce paz, y mi corazón goza en silencio la compañía del bien que adora.

Cuando aun tú no estabas en la tierra hecho prisionero de amor, andaba la Esposa de los cantares desolada, buscándote por calles y plazas; y como no te hallaba, preguntaba solícita á todos los que encontraba: Por ventura, ¿visteis al que ama mi alma? Pero ahora... ¡qué dicha! ¡Prisionero mío! ¡qué dicha! ahora no es así, porque para hallarte, solo tengo que remontar el vuelo y posarme en el nido de mis amores. ¡Oh qué atracción tiene ese nido para mí!

Cuando tú atraes á un alma con tu mirada ó con tu amor, ella corre hacia tí como el acero tras del imán; ella te busca, como busca la paloma sedienta la fuente cristalina; y al llegar exclama con la Esposa: Hallado he al que ama mi alma, téngole y no le soltaré.

Así exclamó la mía al hallarte, y así clama ahora en tu presencia, oyendo los suspiros de esta alma que viene buscando amores en el silencio de la noche. Hablemos, pues, Amado mío, hablemos de nuestro amor dulcísimo, sin ruido de palabras, de corazón á corazón, con ese misterioso lenguaje de las almas. Háblame y resuene tu voz, más dulce que el arrullo de la tórtola enamorada.

¿Me amas, vida mía? ¡Oh qué dicha! Parece que percibo allá en el fondo de mi alma tu voz dulcísima que me dice: ¡Sí; te amo! tu amor me tiene preso. ¡Cielo santo! ¡qué asombroso! ¿Ha dicho que mi amor lo tiene aprisionado? ¿Mi amor tenerte á tí prisionero? ¡Repítelo otra vez, vida mía, repítelo otra vez y déjame morir de felicidad! ¿Mi amor?

¡Ay, el tuyo si que me tiene á mí aprisionada! ¡Yo soy también prisionera de amor, como tú! Mírame bien á través de estas rejas y de esos muros que me cercan por todas partes, y verás que yo también soy prisionera de amor, como tú; y aquí guardada en mi prisión.

vivo del mundo olvidada,
vivo de tí enamorada,
vivo pensando de amor;

y como tú eres mi amigo y mi compañero de prisión, por eso vengo á las rejas de mi cárcel á consolarme contigo y contarte mis penas. Porque ¿no es verdad, bien mío, que hay penas que se cantan, y que se cantan llorando, como yo canto las mías?

Pues, aquí te cantaré mi corazón de ese modo hasta que los primeros rayos del sol doren las altas vidrieras y oiga trinar las aves en la floresta de mi jardín; y el sol con sus rayos de oro y las aves con sus alegrés gorjeos, me verán retirarme de estas rejas, donde me tiene presa tu amor.

¡Ay! ¡qué horas tan felices y venturosas se pasan aquí, junto á mi nido, acompañándote en tu soledad! ¡Quién me diera mandar al tiempo que detuviese su carrera, cuando en tu presencia me hallo! Dueño mío, ¿cuánto tiempo ha que estoy aquí? ¡Ay! se han pasado una, dos, tres horas... ó más bien, tres instantes, ligeros como el pensamiento.

Pero al fin se pasaron, y ha llegado el momento en que las aves abandonan su nido, y se lanzan al espacio, trinando alegremente; yo también, con pena de mi alma, abandono el nido de mis amores, para entregarme á las faenas del día; pero, así como el ave tarda poco en

volver á su amado nido, así yo, presto, muy presto! amante tornaré aquí, donde | cantaré himnos | haciéndote la corte | oh rey de mi corazón!.

Sagrario, místico.—Jesús de mi alma.—Ante tu altar.—A tu sagrario.—Cansada de las cosas de la tierra.—Del templo.—¡Jesús mío!—En que te dejan los hombres.—Divina.—Divina.—Por los hombres.—A tu altar.—Sagrada.—Pues aunque oculto á mis ojos, sé que estás ahí en ese sagrario que contemplo con amor; y que estás con la misma grandeza y majestad que en el cielo empíreo.—A tu sagrado altar.—En este sagrario.—¿Mi amor, Jesús mío?—Del templo.—Jesús de mi alma.—¡Jesús mío!—A coro con mis hermanas.—Y salmos.—Como te la hacen los coros angélicos allá en la mansión de eterna vida.

Comentario

Ese capítulo lo aprendió Valencina escuchando los amorcillos de un pollo festejando su pichoncita desde la reja de la ventana, en una calle de Sevilla.

¡Vaya, si es salerosa la mocita-provincial! No necesitan ir á ver *La cachunda* las Hijas de María: bátales y sóbrales leer este capitulito; y si no son de bronce ó piedra...

S. PEY ORDEIX

(Continuará.)

Todos unos

Mucho ruido meten los católicos porque en diez años se han pasado á su religión varios protestantes ingleses. Aparte de que estas conversiones suelen ser un negocio como otro cualquiera, puede oponerse otra lista no menor de católicos ingresados en el protestantismo, entre ellos, y recientemente, fray Auracher, célebre predicador, y el capuchino alemán Angelus Berner.

Ambos han contraído matrimonio con ricas y hermosas damas. Unos por dinero, otros por pescar alguna buena moza, otros por «honores» y vanidades, todos cambian de religión y de Dios como se cambia de camisa. ¡Buena está la fe!

Por supuesto, ese entra y sal de católicos y protestantes no me da calor ni frío; son todos unos, y viven explotando á los tontos; sólo se diferencian en que aquéllos venden géneros averiados... y los otros también.

La riqueza

La miseria es el manantial de la inmoralidad y de los mayores males que afligen á la humanidad. El que quiere alquilar un asesino no se dirige á un hombre rico; nunca se dió el caso de que un millonario fuese ratero ó falsificador. Un poderoso podrá negar una limosna, pero un pobre no puede darla. La riqueza no es la moralidad; pero es una condición indispensable. Dad una fortuna al saltador de caminos y dejará de ser ladrón; haced creer que un banquero está ganando millones y todos le confiarán sus capitales; corred

la voz de que está arruinado y nadie le fiará un peso. ¿Dejará el hombre de ser el mismo? Moralmente, sí. El hombre cambia con las circunstancias, según sus recursos. El que se muere de hambre está más expuesto á caer en la tentación de robar una peseta, que el millonario de robar mil pesos. Cambiad la posición de uno por la del otro y habreis cambiado también sus propensiones, porque éstas se modifican según las circunstancias.

¿Qué debemos hacer, pues, para moralizar el mundo? Desterrar hasta donde podamos la miseria, fomentar la riqueza por todos los medios que estén á nuestro alcance.

Nada más inmoral que la doctrina de despreciar las riquezas de la tierra para acumular tesoros en el cielo, doctrina que están muy lejos de practicar los que con ella se enriquecen. Esos tesoros del cielo producen la miseria en la tierra; esa moral es el origen de la desmoralización. Nuestro globo produce bastante piedra y bastante madera para albergar á todos los que lo habitan; la tierra da frutos sobrados para alimentar á todo el género humano; los animales y las plantas, materia suficiente para hacer vestidos; aquí hay en fin todo lo necesario para vivir con comodidad. Y las riquezas que la tierra produce, para gastarlas en la tierra son; el cielo no necesita nada de aquí.

Consagremos, pues, todos los recursos de que dispongamos al bienestar del género humano; ayudemos á los imposibilitados como hermanos de la gran familia; no permitamos que á cambio de irrealizables esperanzas para el porvenir nos despojen de bienes reales en el presente, y habremos hecho más en favor de la moralidad y de la felicidad humana que todas las religiones. No nos vengán diciendo que para ser felices en el otro mundo, es necesario que vivamos miserablemente en éste. La religión que principia por martirizar al hombre no puede ser divina. Hartos tormentos nos dejó el Creador sin necesidad que nosotros los aumentemos. Dios no puede complacerse en nuestras miserias; nuestros tormentos no pueden serle gratos. ¡Atrás, pues, esos vvidores crueles, que arrebatan al pobre el mendrugito de pan y el harapo con que había de cubrir sus carnes, para vivir ellos en la holganza y la orgía! Las nueve décimas partes de los males que afligen á la humanidad, previenen de esas doctrinas perversas, fuente y origen de la inmoralidad.

Un pueblo pobre que no puede ser ilustrado, no puede ser caritativo, no puede ser moral. Haced que el producto del trabajo vuelva á caer sobre la tierra, como vuelve á caer el vapor que de ella se eleva; haced que todos trabajen y todos produzcan; desterrad los odios de raza y de religión; explotad todas las riquezas que la tierra encierra; no dejéis que ninguno arrebatase á otro el fruto de su trabajo, y habreis enriquecido á la

humanidad. Y enriqueciéndola la habreis hecho generosa, caritativa, moral y feliz. Esta es la verdadera religión.

R. VEREA

Un año en sonetos

Los lectores de *El Liberal* guardan grata memoria de la labor meritísima, y por nadie igualada, de aquel privilegiado ingenio que se llamó Felipe Pérez y Gonzalez. Fué su sección de *Revistas cómicas* admiración de España entera, y llegó á ser el autor uno de los escritores que más y mejor público han tenido. Hubo un año, el de 1908, en que la admiración de sus lectores subió de punto: Felipe Pérez tuvo la genialidad de hacer en sonetos todas las revistas de los doce meses; y tal alarde de facilidad y de cultura llamó extraordinariamente la atención. Al morir hace un mes aquel popularísimo escritor se recordó por todos la colosal serie de sonetos, empresa á que ningún otro literato se ha lanzado.

Hoy, rindiendo culto á la memoria del autor y accediendo á los deseos de sus muchísimos admiradores, se publica, por primera vez coleccionada, esta primorosa serie de sonetos, historia cómica del año 1908, muestra brillantísima de la mentalidad española.

Trescientos sesenta y seis sonetos, todos ellos ingeniosos, irreprochables, es colección que merece puesto de honor en todas las bibliotecas, y no hay duda de que á las manos de todos los españoles que saben lo que leen irá á parar el libro apenas publicado.

El nombre del autor, y la bondad del contenido, prometen de sobra que así sucederá.

Memorias de un jesuíta

«El Adalid», periódico católico

Habíamos realizado uno de nuestros sueños dorados. Teníamos un periódico perfectamente impreso, y, sobre todo, maravillosamente redactado. ¡Como que lo iban á redactar los socios de la Congregación de San Luis Gonzaga, y á ella pertenecían cerca de trescientos jóvenes, todos de independiente posición, carrera literaria y educación esmerada!

¡Con qué gozo nos anunció el padre Sanz la realización del ensueño! En *El Adalid*, que así se llamaba el periódico, íbamos á ver defendidos nuestros intereses y los de la religión; iba á hacerse una guerra á muerte al liberalismo; iba á demostrarse lo que tantas veces habíamos dicho nosotros, y es que los liberales no saben literatura ni tienen estilo; ¡como que no se han amamantado á los pechos de los autores clásicos!

Ahora se iba á ver en España un pe-

«Iódico bien escrito; iba á demostrarse que la religión, íntegramente practicada, no sólo pide el ejercicio de las letras, sino que lo perfecciona y abri-llanta.

El padre Sanz, con mal disimulada emoción, habló aquella tarde en el círculo de San Luis, que estaba entonces en la calle de Espoz y Mina, núm. 6.

«Señores: desde el sábado que viene tendremos un periódico titulado *El Adalid* que, por ahora, será semanal, para convertirse después en diario. Sin escasear gasto ninguno lo vamos á publicar, pues personas muy piadosas y acaudaladas serán patrocinadoras de la naciente publicación. Creo que no defraudaremos las esperanzas que en nosotros tiene puestas la España católica. Es necesario que se forme una redacción verdaderamente brillante. Por de contado yo he pensado en cuatro de vosotros, que tienen á no dudar condiciones muy relevantes de escritores.»

Toda la Congregación se conmovió profundamente y empezó á notarse una efervescencia que no era más que el deseo que á todos animaba de lograr que *El Adalid* dejara en pañales al *Figaro* y al *Times*.

Llegó el sábado, y el padre Sanz y todos los jesuitas creímos morirnos de gusto. *El Adalid* apareció perfectamente impreso y perfeñado con su viñeta, su título en caracteres adornados y sus diversas secciones, política, literaria, religiosa y de noticias.—Es un periódico modernista.—decíamos todos.—Los liberales deben estar á estas horas llenos de impotente rabia y pánico bochornoso.

El artículo de fondo de *El Adalid* era una maravilla periodística. Se titulaba «Doctrina sana» y comenzaba así; parece que lo estoy viendo:

«Desde la parte anterior á la posterior de la cruz, todo se derrumba, todo muere, todo se cae: la grandeza de los reyes y las pirámides de Egipto; los trasatlánticos de Comillas, que son los mejores del mundo y ofrecen comodidades sin cuento por un precio relativamente módico, admitiendo carga y pasajeros en Barcelona, Santander y Cádiz; y los soberbios edificios que ha levantado el liberalismo: todo se reduce á pavesas. Que el tiempo lo traga todo con la voracidad de ese tan conocido animal, el Heliogábalo.»

En la sección literaria venía una bonita silva, que mereció unánimes elogios en la residencia; comenzaba así:

«En la llanura de la mar salada
y en la cava apartada;
en el rincón de oscuro gabinete,
la duda me arremete
sobre si existes Dios; pero al momento,
vuelvo en mí y digo: existe Dios: lo siento.»

Algún espíritu timorato criticó el último verso diciendo que parecía que el poeta sentía que existiera Dios. Mas el padre Sanz defendió calurosamente la silva y reprendió sgríamente al que de tal manera se expresaba: «Lea usted las revistas que publican los liberales y verá si tienen un poeta como nuestro López.

En la sección religiosa traía un «Ensayo de estudio teológico», que se leyó mi chis veces en el recreo de los padres jesuitas. Era verdaderamente notable. «Necesidades de la humanidad» se intitulaba; y encerraba pensamientos tan profundos como éste: «El hombre puede un momento olvidarse de la religión

y tratar solamente de las necesidades del cuerpo; pero la experiencia y el estudio nos dicen que la humanidad, después del alimento corporal, necesita algo más; después de comer opíparamente tiene que levantarse ó ir á otro sitio, á otras regiones.»

Hasta por la calle íbamos los jesuitas con aire de noble orgullo, como diciendo: somos los inspiradores y los dueños de un periódico como *El Adalid*.

A los pocos meses, el marqués de Comillas se cansó de dar dinero para el semanario, y éste, sin un suscriptor, murió de inanición. Lo grave fué que el mismo marqués dijo al padre Sanz:

—Todo el mundo se ríe de *El Adalid* y dice que eso es una sarta de vaciedades.

—«Dios mío!—exclamaba el pobre jesuita.—Entre mis trescientos luises no hay tres que sean capaces de redactar un periódico cada ocho días!

GIL BLAS DE SANTILLANA

¿Hermana?

En el Hospital Provincial de Valencia hay una hermana de la caridad que, por haberse negado cierta enferma al ejercicio de las prácticas religiosas y vivir maritalmente como todas las amas de cura, ha faltado al principio humanitario con que se adorna, come, viste, calza, tiene casa y lecho, trasladando á uno malísimo á la paciente y pretendiendo expulsarla del Hospital sin hallarse restablecida.

Hermana de la caridad que tal hiciste: ¿eres fea? ¿tienes hambre? ¿te ha despreciado algún mozo? ¿No? Pues entonces, ¿por qué esa sequedad de espíritu y ese humor acre que desahogas en las de tu sexo, convirtiendo el hospital en sala de la Inquisición?

¡Hermana de la iniquidad, no de la caridad! Como tú hay muchas.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

XIV

EL ODIO Á LA IGLESIA.—EL TORMENTO CONVENTUAL NO FUÉ FRUTO DE LA ÉPOCA.—LA IGLESIA LEGITIMÓ EL TORMENTO.—SÓLO EL CÓDIGO MONÁSTICO CONSERVA LA TORTURA.—LA DOCTRINA DE QUE LA IGLESIA PUEDE MATAR, DEFENDIDA EN 1892.—LOS DOMINICOS DE SALAMANCA CONSERVAN Y RESTAURAN APARATOS DE TORMENTO.—EL FRAILE ES INVOLABLE ANTE EL PAPA Y EL OBISPO.—EL TORMENTO CONVENTUAL EXTENDIDO Á LOS LAICOS QUE MORAN EN EL CLAUSTRO.—PRUEBAS ESCRITAS Y PRUEBAS REALES.—ABUNDANCIA DE CASOS.—LA ENTERRADA EN LAS JERÓNIMAS.—MONJA QUE SE FUGA.—LA CAMA DE LAS MAGDALENAS.—LO QUE CUENTA UN TESTIGO.

La demostración irrefutable del horrible tormento del *in pace*, que se practica en los conventos, expuesta en el ar-

tículo anterior, ha dejado atónitas á las infinitas personas que no han vivido entre los bastidores de la vida eclesiástica y conventual y, por tanto, desconocen sus tenebrosos misterios.

Los neos callan, como los perros mudos de que habla la Biblia; pero mueven las plumas de católicos de buena fe, algunos de los cuales me dicen:

«Los escritos de usted denuncian un odio satánico á la Iglesia y adolecen de mala fe, porque si en los conventos se daban esos tormentos (no niegan su existencia; menos mal), usted no debe ignorar que en todos los tribunales laicos y civiles de aquellos tiempos se usaba el tormento contra los inconfesos y contumaces, y usted parece demostrar que sólo en los conventos se atormentaba.»

No estamos conformes. En primer lugar, yo no odio á la Iglesia. ¡Pobrecilla! ¿Qué mal me ha hecho? Al contrario, ¡la quiero tanto! Ha derramado sobre mí aplausos y dinero á granel y me ha puesto por las nubes.

—Entonces eres un ingrato—dirá alguno.

No; soy sencillamente un hombre enamorado de la verdad y de la justicia, y estos idilios acá en la tierra traen siempre aparejados la ruina y el descrédito.

¿Tengo yo la culpa de que la Iglesia encierre dentro de sí tanta podre y esté en pugna abierta contra el Evangelio y contra Jesús? ¿Soy responsable acaso de que los conventos sean un centro de ociosidad, donde la molice se confunde y amalgama con la más refinada crueldad?

Pues cada palo que aguante su vela y responda cada uno de lo suyo. Por lo que á mí toca no quiero ser encubridor ni cómplice de la corrupción eclesiástica; digo y diré siempre todo lo que sé, he visto y he tocado, siempre con pruebas á la vista. Al que no me crea no le pongo ningún puñal en el pecho; allá se las componga con su conciencia: él juzgará si las razones de los clericales tienen más fuerza que las mías. Los que siguen con entusiasmo estas campañas tampoco quiero que lo hagan á ciegas y porque lo digo yo; analicen, examinen, juzguen mis argumentos, en la seguridad de que ni el número de prosélitos me engríe, ni la indiferencia me acobarda.

En segundo lugar, el que los tribunales laicos usaran en tiempos pasados el tormento en nada disminuye la responsabilidad y odiosidad de lo que hacen los conventos.

La Iglesia y sus derivaciones no podían ni debían en modo alguno regirse por la norma de los tribunales seculares. La justicia laica tiene fines muy diversos á los de la eclesiástica. Aquella tiene por límite lo temporal, ésta lo eterno; busca la primera el bien social, aún con pérdida del individual; la segunda tiende sólo á la salvación del espíritu, aunque se sacrifiquen todos los bienes terrenales. Además, fundada la Iglesia por Jesús, todo amor y misericordia, perdón y bondad, anulada la ley antigua de los odios, rencores y sacrificios, en la nueva ley evangélica todo debe estar al diapason de la mansedumbre y caridad de Cristo. Sus tribunales, que no debiera tenerlos, son sólo para amonestar y llevar al extraviado con amor al camino recto; pero en mo-

do alguno recomendó Jesús en parte alguna para sus discípulos el potro, las cadenas, las cuñas, la rueda y los cepos. El sabio sacerdote Perujo, en el *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, tomo X, dice que es de extrañar que estas prácticas las adoptasen las autoridades eclesiásticas. Pues más de extrañar es que las adoptasen los conventos, reunión de seres en busca de una perfección más elevada y perfecta que el resto de los fieles.

Además, hasta de estos procedimientos bárbaros en los tribunales laicos tiene la culpa la Iglesia, pues en aquella época la sociedad entera era obra suya y nada se movía y alentaba sin su permiso, llegando su influencia á reglamentar hasta los detalles más íntimos de la vida urbana y familiar. ¿Por qué toleró el uso de los tormentos en los tribunales laicos? ¿Por qué no desautorizó y castigó estos atropellos anticristianos? Bastaba su veto para que tales atrocidades hubieran desaparecido en seguida. Al contrario, los aprobó, los reglamentó, los trasladó á sus tribunales y de ellos pasaron á los de los frailes. Y aun existe un motivo más de censura para la Iglesia, y es que mientras los tribunales laicos han suprimido ya en absoluto los tormentos en todo el mundo y los han raído de sus leyes, ella los conserva intactos todavía y los aplica donde puede, aunque sea oculta y solapadamente. Todo lo expuesto en los artículos anteriores está vigente, nadie lo ha derogado, y las reglas y constituciones de las Ordenes religiosas donde tales atrocidades se preceptúan están en todo su vigor y ningún superior de convento puede anularlas sin la aprobación expresa del Papa, que no la ha dado todavía, ni la dará jamás, grite y escandalice todo cuanto quiera el liberalismo.

¿Por qué? Pues porque la Iglesia se cree en posesión de la potestad de vida y muerte sobre todos los bautizados, aunque sean herejes, y con derecho inalienable é indiscutible de aplicarles penas temporales, incluso la muerte. De esta potestad nació la Inquisición, y este poder lo defienden y han defendido todos los teólogos y canonistas y todos los laicos que han actuado de paladines de la Iglesia, como Bonald, De Maistre, Veuillot, Nocedal, Orti y Lara, Aparisi, Pidal, Mella, Bolaños, el cura Sardá, etc.

El año 1892 el clérigo de Salamanca D. Policarpo Salvador, que después ingresó en la Compañía de Jesús, al doctorarse en el Seminario de aquella ciudad, que está regido por los jesuitas, sostuvo la tesis siguiente, que anda impresa y que yo he leído, que dice:

«La Iglesia tiene poder para aplicar penas corporales por sí misma hasta la efusión de sangre.»

¿Qué tal? Esto no es ninguna antigüalla, es de hoy como quien dice, y los jesuitas, tan tolerantes y modernizados, aplaudieron al autor á rabiar y hasta le abrieron las puertas de su instituto.

En Salamanca los dominicos guardan en un salón todos los aparatos de tortura que usó la Inquisición, y los tienen limpios como el oro, unos restaurados, otros nuevos, y de todos hay numerosos ejemplares dispuestos á ser enviados á donde se pidan cuando llegue el día feliz, que ya llegará, de que vuelvan á funcionar.

Cuando el reinado del terror negro que sucedió á los sucesos de Julio acaecidos en esta ciudad, se estuvo buscando con mucho sigilo un edificio sólido y apartado en el cual pudiera establecerse el Santo Oficio, cuya resurrección se daba ya como cosa cierta.

En fin, lo cierto es que la Iglesia no abandona, ni renuncia, ni se despoja por nada del mundo de la potestad que ella misma se ha dado sobre los cuerpos y sobre las vidas de los hombres, y las Ordenes religiosas no borrarán nunca de sus Reglas y Estatutos su Código penal, aunque se lo manden todos los Gobiernos del mundo. Los conventos son un mundo aparte, privilegiado, no sólo dentro de la sociedad civil, sino de la Iglesia. El Papa no se indispona jamás con las Ordenes religiosas porque de ellas afluye siempre al Vaticano un manantial perenne de socorros morales y materiales; los obispos se guardarán muy bien de poner la proa á ningún convento, porque en seguida se conmueve toda la Orden y el tirón de orejas que se da á un lego repercute en Roma, donde se agitan los Generales y Procuradores de los Institutos religiosos, arman un caramillo y baja en nivel el río de las ofrendas inmediatamente y no hay pontífice que resista á esta indirecta. El obispo es amonestado públicamente ó privadamente ó se le obliga á presentar la dimisión ó se le traslada. La historia eclesiástica está llena de ejemplos que justifican este aserto.

FRAY GERUNDIO

(Concluirá.)

A medias

Mister Roosevelt, el gran republicano «yankee», intentó visitar al Papa y tuvo que desistir por haberle éste puesto condiciones humillantes.

La primera humillación se la había impuesto el mismo Roosevelt, acudiendo á doblar la cerviz ante la soberbia intransigente del vice-Dios, enemigo de todo progreso y de la verdadera democracia.

No lo hubiese hecho Gambetta. Cuando se es ciudadano de una gran república, por ella y por uno mismo hay que estimarse en más que un papa.

Bien se le ha estado á éste el desaire tardío del expresidente de la Unión. Todos los hombres no van á Canosa, aunque algunos retroceden á la mitad del camino y por despecho.

Para muestra, un botón

Es un furor tan malo como el uterino, el que les acomete á los reaccionarios de todos los matices contra las escuelas laicas.

No se oye hablar más que de «mitins», de manifestaciones al aire libre y hasta en las iglesias (por cierto que algunos católicos han protestado contra esto último, gritando: ¡profanación!), con el objeto de combatir la enseñanza

neutra, laica ó sin Dios, como ellos dicen.

Llenaríamos estas columnas, y con nada bien oliente, si fuésemos á transcribir todas las vaciedades, todos los disparates, todas las sandeces, todas las majaderías del repertorio clerical vertido en esa clase de reuniones.

Bastará un botón para muestra.

«Mitin» católico celebrado en el teatro de Novedades de Málaga.

El Sr. Fernández de la Somera:—¿Deben los católicos intervenir en la política? El sentido común aconseja que intervengamos en la política.

El Sr. Senantes:—La política no es más que un arte de medrar, una cosa detestable, nefasta.

Y por eso intervienen ellos, para medrar, para ser detestables y nefastos.

Pero su política no es la liberal, ni la democrática, sino la integrista:

«La verdadera política no es más que la gobernación de los pueblos, dentro de los principios católicos en que Dios nos ha colocado.» (El mismo Senantes.)

Y de donde los arrojaemos nosotros aunque no quiera Dios.

«Nosotros debemos ir á sanear esos campos infectos.»

Eso, eso; al campo, y no con quien naces, sino con quien paces.

«Mientras no gobierne el catolicismo, España no será grande.»

Como en tiempos de Carlos el Hechizado.

«Con el liberalismo caerá el hogar cristiano y la mujer será la primera víctima.»

Tienen la palabra todos los clérigos violadores y estupradores de mujeres cristianas (por no salirme del caso).

«Dios es el rey de la familia, el rey de todo.»

Muchas gracias en nombre de don Jaime.

«Algo tiene el agua cuando la bendicen.»

Si no está hervida, microbios patógenos; eso pasa en muchas iglesias, porque no la cuecen.

Ya había dicho al comenzar este señor Senantes, que no iba á decir nada nuevo.

El tercer orador y último de la serie declara que viene de una región donde no hay poesía, pero «donde se enseña á amar á Cristo en todo y por todo». Prosáicamente, supongo yo. Y añade que la escuela racionalista concluirá por hacer del hombre un ser irracional.

«¡Tableau!» Y no van más botones católicos. Les he arrancado uno por vía de muestra; que les arranque los demás quien tenga ganas de ello.

ATRASO

Y siendo analfabetos, somos ignorantes; y siendo ignorantes, somos supersticiosos.

Y volvemos á aquellos tiempos en que la credulidad semibárbara de l

población en general era explotada en favor de cualquiera que se le antojara inventar un milagro.

Hoy, como entonces, hay quien se abstiene de hacer en martes nada que pueda influir en su prosperidad; el día 13 hay quien ni fruta come, porque, al indigestarse, puede producirle la muerte. Familias enteras aplazan los viajes por temor á una catástrofe.

En 13 de Marzo de 1885 las cuatro grandes líneas de ferrocarriles que existían en Francia recaudaron 93.000 francos menos que el día anterior.

¿Quién no conoce el antiguo adagio español: «En martes no te cases ni te embarques?»

En general, en España, y especialmente en Cataluña, existe la estúpida superstición de que el encontrarse un jorobado trae desgracia. En cambio, para que toque la lotería, basta con pasar la mano por la joroba de uno de estos infelices.

¿Y no habéis oído á muchas mujeres decir que sus niños están enfermos desde que les hicieron *mal de ojo*? Es común en el vulgo esta creencia.

En Italia, según dice Nicolay, se llama *jettatore* al individuo á quien se atribuye la facultad de hacer *mal de ojo*, y se cree que su mirada funesta es causa de multitud de infortunios, aun en el caso de que no machine ninguna *jettatura*, en lo cual se diferencia del brujo, que hace daño involuntariamente. Un hombre semejante, quiéralo ó no lo quiera, es persona de *mal agüero*, y su sola presencia constituye un azote del que es preciso guardarse si no se quiere que todas las cosas vayan mal y que se malogren los más felices proyectos.

Según el profesor Pitré, el *jettatore* se caracteriza por una fisonomía acerca de la cual no es posible equivocarse: «Tiene siempre un rostro flaco y de color aceitunado, los ojos pequeños y profundamente hundidos, la nariz larga y aguilena y el cuello también muy largo.»

Excuso decir que donde quiera que vaya un individuo que se halle agraciado con las anteriores señas, está arreglado; no le queda, ante el aborrecimiento popular, más dilema que el suicidio.

Una de las más curiosas supersticiones es la de que la proximidad de un cura trae desgracia. Así hay quien rehuye meterse en un tranvía al divisar en él á un clérigo.

Las muchachas casaderas que han perdido un novio que no han hallado, cuelgan, amarrada por el cuello, una figura que representa un San Antonio, y así la tienen metida en el pozo, en justo castigo á lo que ellas creen una perversidad.

Y todas estas prevenciones, todas estas supersticiones de que está llena la imaginación de las gentes, no tienen más origen que el atraso en que está la sociedad en general, la falta de cultura, de escuelas donde aprender, de autoridades que velen por la instrucción obligatoria.

Y el hombre á quien no extrañan las conquistas del progreso, que mira cara á cara á la ciencia, admirando primero sus enseñanzas, estudiando después sus efectos, es el ser que produce la época en que vivimos, de lucha por la emancipación, de rudo batallar por la desaparición de lo arcaico, de eso que pesa sobre nosotros como losa de plomo, lastre de que debemos despojarnos para entrar en la realidad de la vida libres de prejuicios y leyendas. Y no olvidemos que los pueblos más poderosos son aquellos que no poseen una historia plagada de fantasmas heroicos y hechos sobrenaturales.

Hagamos instrucción, que, haciéndola, haremos patria.

ANTONIO ESPÍNEIRA

Gangas del oficio

Reflexiones de un periódico yanqui que envuelven tanta amargura como ironía, acerca de la dificultad con que la prensa tropieza para contentar al público.

Posible es que la nota que da sea un poco forzada, pero es preciso convenir en que no todo lo que dice es inexacto, y en que cada lector quiere que el periódico lo complazca á él sólo, sin pensar ni cuidarse de que al resto de los lectores les suceda otro tanto.

«Editar un periódico—dice—es el más agradable de los trabajos, como se hará notar á continuación.

«Si se ocupa mucho de política, nadie quiere leerlo; si no se ocupa nada, pasa tres cuartos de lo mismo.

«Si los artículos son largos, resultan indigestos; si son cortos, no tienen significación alguna.

«Si el tipo de la letra es demasiado pequeño, nadie ve lo bastante para leer el periódico; si el tipo es demasiado grande, el periódico no tiene lectura.

«Si publica telegramas, el público dice que son otras tantas mentiras; si no los publica, el periódico no es serio y los suprime por conveniencias políticas.

«Si se ocupa de asuntos de la ciudad, los lectores campesinos dicen que nadie les hace caso; si se ocupa de cuestiones rurales, el habitante de la ciudad protesta contra la «lata» que se le está dando.

«Si publica alguna sección de amenidades, se le censura porque no publica cosas serias; si publica cosas serias, se le moteja de no saber distraer al lector y de reproducir artículos ya publicados de otros periódicos.

«Si da cuenta de un acto público, observando la debida imparcialidad, se le dice que para ese viaje no hacían falta alforjas, y que más le valiera no haber dicho esta boca es mía; si no da cuenta del acto público, se le acusa de truncar y alterar los hechos y las palabras.

«Si el director del periódico va á la iglesia, se le tilda de clerical; si no va al

templo, de hombre sin fe ni conciencia.

«Si se deja absorber por la dirección del periódico y permanece la mayor parte del día en su despacho, se dice que lo hace por miedo á ser visto; si, por el contrario, sale á menudo y se le ve, por ejemplo, en un café, todos se hartan de decir que más le valiera estar ocupado en dirigir su periódico.

«Si no paga á sus operarios y dependientes, se le llama tramposo; si cumple religiosamente sus obligaciones económicas, lo natural es exclamar: ¡Valiente ladrón debe de ser ese señor!»

Todas esas gangas que disfruta el periodista en los Estados Unidos, las disfruta aumentadas el periodista en España, con una que agrava todas esas: la de que apenas saca para vivir malamente.

Y á pesar de esto, hay quien pretende que se considere como profesión la monomanía de emborronar cuartillas para la prensa. La vanidad de ciertas personas es insoportable.

Bibliografía

Una de las mentalidades más poderosas de la América latina, Carlos Octavio Bunge, profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, acaba de publicar un libro que bastaría para acreditar su nombre, si éste no gozara de envidiable reputación en el mundo científico. Titúlase *La Educación*, y tan trillado asunto sirve al señor Bunge para dar gallarda prueba de sus profundos conocimientos en la materia, como puede verse por el siguiente sumario:

LIBRO PRIMERO: Evolución de la educación.—I. La educación en la edad antigua.—II. La educación en la Edad Media.—III. La educación en la edad moderna.—IV. Evolución de la educación femenina.—V. Tendencias de la educación contemporánea.—VI. Historia de la enseñanza argentina.—VII. El Estado y la enseñanza.

LIBRO II: La educación contemporánea.—I. Educación del carácter.—II. Educación doméstica.—III. Educación política y religiosa.—IV. Educación clásica y educación moderna.—V. Instrucciones primaria y secundaria.—VI. Instrucciones universitaria y técnica.—VII. La enseñanza nacional argentina.

LIBRO III: Teoría de la educación.—I. Concepto y nomenclatura de la educación.—II. Los tres elementos fundamentales de la educación.—III. El estudio y la profesión de la enseñanza.—IV. Principios fundamentales de la educación.—V. Disciplina, organización y métodos de enseñanza.—VI. Teoría de la educación femenina.—VII. Educación de los anormales.—*Apéndice del libro III.*

Plácemes merecen los incansables editores de Valencia señores F. Sempere y Compañía, que con la publicación de obras como la presente contribuyen poderosamente al intercambio de ideas con nuestros hermanos de Sud América.

La educación forma un abultado tomo en 4.º y se vende á 6 pesetas en todas las librerías.



SECCION AMENA

Un cura de un pueblo

I

—Mozo! Tibureio! Tráeme café y la copita de ron. Dile á Juanillo que prepare el tinglado, y que lleve en lugar de dos barajas, cuatro.

—Buenas noches, páter. ¿Usted gusta tomar algo?

—Ya me anticipé.

—¿Quiere usted que si talla esta noche, lleve parte?

—Lo siento, porque voy á ver si puedo reintegrarme de la pérdida de anoche, que fueron siete mil reales, mi querido notario.

—¿Quién fué el ganancioso?

—No lo sé, pero todo el mundo cargó.

II

—Caballeros, á la sala de juego! El padre cura talla cuatro mil reales. ¿Hay quien talle más? Todo Dios calla.

El padre de almas tomó la presidencia, descartando los breviaros de cuarenta hojas, y dijo:

—Caballeros, ¿quién corta?—largando sobre la mesa un cinco y un rey.

Cada prójimo del cónelave se descolgó con lo que quiso y pudo. El bueno del cura, con voz de sochantre, exclamó:

—¡Juego!—Gallo. Sota y seis.

Los que le rodeaban hicieron varias posturas.

—¡Juego!—añadió el banquero volviendo la baraja.—El tres en puerta.

El boticario.—¿Se puede jugar?

—Juegue usted, señor boticario.

—Copo al cinco.

—Sírvase usted poner el dinero en el naípe, como yo puse sobre el tapete los cuatro mil reales.

—Bien dicho, páter; ahí van seis mil reales.

El padre cura, algo conmovido, repite la voz de ¡juego! y tira y tira.

Una voz atiplada.—Ésa posetilla al rey.

—Es... tuvieras tú y él crucificados—dijo el reverendo al tiempo de ver un cinco.

Todos los concurrentes hicieron una exclamación de alegría. El páter largaba sapos y culebras por aquella boca de Dios.

—Mozo! Una copa de ron.

—¿Quién llama?

—Satanás!

—En seguida será servido.

Tomó otra baraja y principió á bajar.

—¿Quién corta?

—Yo—dijo el notario.

—¡Juego! Tres y cuatro.

—Páter, ¿qué hay de banca?

—Para usted, lo que quiera.

—Lo que usted pone es lo que quiero saber.

—Dos mil reales.

El boticario se levantó entonces, después de haber contado su ganancia, que eran cuatro mil seiscientos, se instaló

en el salón del café con varios acompañantes, llamó al mozo, y le dijo que trajera botellas de vinos y licores, las que se consumieron, con otras más.

III

En la sala del tapete verde quedaron todos los cueros con sus martingalas y demás jugarretas de camama, sacándole poco á poco al clérigo los bautizos y entierros.

El padre renegaba hasta del gallo de la Pasión. ¿Cómo se encontraría, cuando al darle su... sobrino un recado á la oreja, exclamó:

—Así se muriera hasta el Kirie leison. ¡Lárgate de aquí!

Conforme iba perdiendo, iba acentuando su lenguaje. ¡Y qué no diría, para que todos se asombraran y le dejaran solo! Es verdad que había perdido seis mil reales que llevó aquella noche para tirar de la oreja á Jorge.

Salió del casino largando blasfemias y respuestas.

IV

Llegó al hogar patriarcal, donde el ama y los sobrinos le esperaban con impaciencia por saber el resultado de los albrures del casino.

Cerró con todo lo que encontraba por delante (parecía un Miura) á trompadas, cachotes, puñetazos y coces, diciendo á toda su prole que se fuera de su casa.

El escándalo fué mayúsculo, y tuvo que intervenir la justicia para poner paz y sosiego en aquella mansión sagrada.

C. F.

EPIGRAMAS

Jugaban al «acertijo» dos curas allá en Valencia, y el uno al otro le dijo:

—Vaya: ¿en qué se diferencia este cepillo casero

con que las manchas te quitas, del cepillo del dinero de las ánimas benditas?

—¿A qué no das?—Pues ya di, el segundo contestó:

En que éste me limpia á mí y al otro lo limpio yo.

Tres cruces, en tres momentos, hace al signarse el creyente: la primera es en la frente, «contra malos pensamientos».

Y á mí, que con ese afán me persigno, y que á eso aspiro... ¿si vieras cuando te miro qué pensamientos me dan!

Predicando un misionero en la plaza de una aldea,

pisó lo que yo no quiero nombrar, porque es cosa fea.

Y fué tal su irritación, que, lleno de desconcierto, perdió el hilo del sermón y se calló como un muerto.

El público que le oía, se marchó con amargura, y, ¡Qué lástima!, decía. ¡Se ha cortado el señor cural!

El novio de Luz Rincón (que es la criada de don Matías, cura de Aldana), vió iluminado el balcón á las tres de la mañana.

Cuando á los dos ó tres días vió en la calle á D. Matías,

—¿Duerme usted con luz?, le dijo.

Y el cura gritó: ¡No, hijo!

¡Esas son habladurías!

F. GIL

Cristo disfrazado

En un pueblo existía la tradicional costumbre de que en el sermón de las *Siete palabras*, después que el cura enumeraba los padecimientos del Salvador, y previa la frase de «le veréis y no le conoceréis», se descorriese una cortina que ocultaba un crucifijo, y apareciera éste con la cabeza inclinada sobre el pecho y todo el cuerpo cubierto de manchas de almazarón simulando sangre.

Ocurrió un año que las camareras ó encargadas de equipar á la imagen de enaguillas y demás accesorios, viuda é hija respectivamente de un voluntario realista, entusiasmadas con el uniforme que usara el difunto, creyeron que le sentaría bien al Redentor, y se lo plantificaron sin conocimiento del cura, tapándole después.

Llegó el Viernes Santo, y, al decir el cura aquello de «le veréis, etc.», descorrió el *sacris* la cortina y apareció la imagen con el militar ropaje.

Una carcajada general resonó en todo el templo, mientras el orador se quedó con tamaño boca abierta.

—Hermanos míos—dijo al fin algo repuesto de su asombro.—No es extraño que no le conozcáis. ¡Soy yo, y tampoco le conozco!

Quejábase un presbítero á un frutero que vivía en la planta baja de su casa de que con los gritos que daba pregonando su mercancía no le dejaba escribir en paz sus sermones.

—Pero, hombre—le decía,—¿por qué voceas usted tanto, si al cabo del tiempo que vive usted en el barrio ya saben todos los vecinos que vende usted fruta?

—También saben que en la iglesia se dicen misas, y, sin embargo, toda la mañana se llevan ustedes anunciándolo con las campanas, sin dejarnos en paz un momento.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACIÓN)

do, manifestando que, más que á sus soldados, culpaba á los muchos paisanos que de los pueblos circunvecinos, en particular de Mañeru y Puente, habían llegado aquel día que Cirauqui parecía celebraba una gran feria; más que feria parecía una romería de San Isidro.

Evacuado nuestro cometido, nos dirigimos al Fuerte, á excepción de Román Apesteguía, que por hallarse casi imposibilitado para andar, quedó en la casa que habita su madre política.

Al llegar á la puerta, comunicamos á nuestros compañeros las condiciones de capitulación, que aceptaron sin vacilar; les dije entonces que fuesen dándome las armas con las fornituras y municiones, y viendo á mi derecha á Dorregaray con tres ó cuatro jefes, entre ellos D. Jesús María Iribas, de Tafalla, las fui recibiendo una por una y entregándolas en el acto al mismo Dorregaray, quién por medio de un oficial las distribuía á los soldados que tenía desarmados, y que me consta eran del 4.º batallón.

Hecha la entrega y retirado Dorregaray con los jefes, vinieron otros con Miguel Urra, de Cirauqui, y el cobarde Idoy, de Mañeru, y un tal Gulina, quien me manifestó de orden del general venía á hacerse cargo de las municiones, escopetas, revólvers y cuantas armas hubiese de nuestra propiedad; y al objetarle que, según la capitulación, aquellas armas eran nuestras, me dijo que tenía que cumplir con su deber.

Entonces las entregué, si bien procurando ocultar los sables y revólvers bajo una colcha de cama; pero como de ello se apercibiese Idoy, se apoderó de ellos. En este momento, viendo que tan inícuamente se faltaba á lo pactado, extraje con disimulo de mi maleta el dinero que tenía de mi propiedad y de fondos municipales.

En este estado, y en medio de una horrible gritería, llenóse el Fuerte de gente y principió el saqueo, pero saqueo en que no se perdonó ni el uniforme de los voluntarios, llevándose por consiguiente camas, ropas y cuantos muebles había, sin perdonar los cubiertos de plata, alhajas y dinero. Todo esto, y el haberse reclamado y obligado á presentar de orden de Dorregaray á tres subalternos suyos 30.000 reales que guardaba en mi bolsillo, me vino á demostrar que la capitulación era letra muerta y que muertos también seríamos nosotros; pero impotentes para intentar nueva defensa, nos resignamos, si resignación cabía contra tal infamia.

Serían las tres de la tarde, y todo quedó al parecer en calma, si bien notando

una nueva infracción de lo estipulado, puesto que Dorregaray nos prometió poner guardia de confianza, y sólo vimos gente de las partidas á quienes más habíamos perseguido siempre de frente y en campo abierto.

No habrían transcurrido diez minutos, cuando oímos una gritería espantosa, que con una confusión infernal pedían nuestras muertes, muy en particular la de *El Cojo*, nombre que dan al que suscribe, porque desgraciadamente lo es, demoliendo mientras tanto los tambores y demás obras de fortificación.

Durante estas ocurrencias, entró en el Fuerte el cabecilla Romero, excanónico de Pamplona, quien después de haberme saludado habló á solas con el teniente de la compañía, D. Cipriano Seminario, á quien á mi presencia y la de D. Joaquín Iriarte, le dijo que deseaba conocer su hija y ver su casa, para lo cual deseaba le acompañase. Dicho Seminario á su salida prometió volver, pero no lo hizo así. Me permito llamar la atención de V. E. sobre esta circunstancia. ¿Qué hablaron en secreto Romero y Seminario? No lo sé, pero sí que éste ha marchado ó se dispone á marchar á Francia.

Al propio tiempo se presentó el tristemente célebre cabecilla Rosa Samaniego, é instó repetidas veces al cabo segundo de voluntarios, Angel González, á que saliera con él, mas éste se negó rudamente, diciéndole quería seguir la suerte de sus compañeros. Es de advertir que Rosa y González se trataron de hermanos, y al retirarse aquél todos creímos ver en su cara la indignación que le había causado la contestación de su hermano.

Serían las cuatro poco más y creció el tumulto, llamándonos la atención que uno de los centinelas tirase la escalera de mano, que para comunicarnos con el coro estaba colocada en la habitación donde nos encontrábamos, y que en el mismo instante se presentara un jefe diciendo en frase dura que allí faltaban voluntarios.

Satisfecho al parecer dicho jefe con las contestaciones que se le dieron, salió de la habitación, y no habría pasado un minuto cuando oímos aumentar terriblemente la gritería, percibiéndose claramente los gritos: «¡A ellos! ¡A ellos! ¡No ha de quedar uno! ¡A la bayoneta! ¡Fuego! ¡No quede ni raza!», y otras mil frases repugnantes.

A la vez que vimos un grupo en la puerta, sentimos unas detonaciones que se confundieron con los ayes de los voluntarios; presencié que algunos caían heridos ó muertos, y por un agujero que el día anterior habíamos abierto en

la habitación para facilitar la comunicación con el piso de abajo, nos tiramos algunos, ocultándonos entre y dentro de las cubas, y alguno en el lugar excusado, donde sufríamos una agonía peor cien veces que la muerte oyendo los lastimosos gritos de nuestros desgraciados compañeros.

Aquello fué horrible, Ilm. Sr.; disparos y gritos de parte de los carlistas; terribles maldiciones de los que asesinaban en nombre de la religión; amenazas é insultos que avergonzaban al hombre más avezado al crimen; las voces de «¡no tirarles, que más padecerán muertos á bayonetazos! ¡Cortadles las orejas! ¡Cortadles los...! ¡Arrastradlos! ¡Entregadlos al pueblo!» Todo esto, Ilmo. Sr., unido á que, con algún intervalo, se oían voces casi apagadas que decían: «¡Por Dios, matadme!», nos horrorizó en términos, que de todo corazón hubiéramos deseado la muerte.

Muy pronto comprendimos que estábamos perdidos, pues vimos á la misma puerta de la bodega á un grupo que decía: «¡Aquí! ¡Aquí están estos herejes!», cuyo grupo entró en el local matando á todo el que encontraba.

Saciados sin duda de tanta sangre, y sin esperanza de encontrar más que derramar, se retiraron los grupos al toque de llamada á la carrera, oyendo entonces una voz que en la habitación de arriba les apostrofaba, tratándolos de cobardes y asesinos y diciéndoles que habían deshonrado su partido y que nunca podrían lavar la mancha que sobre el mismo acababan de echar.

A las fuertes exclamaciones siguió un rezo en latín, que el que suscribe comprendió perfectamente era el responso de difuntos. Entonces animé á mis compañeros, diciéndoles: «¡Nos hemos salvado por el momento!» Y efectivamente, oímos la voz de uno que, ante esta escena fatídica, gritaba desconsolado: «¡Si hay alguno que se haya salvado, que salga!», y protestaba contra la matanza que se había hecho en personas indefensas.

Las reiteradas protestas contra tan vandálicos hechos, los repetidos y generosos llamamientos que algunos hacían por si alguno se había salvado, y las promesas, oídas en el lugar donde con otros compañeros me encontraba, así como la calma que renació en aquellos momentos en el cuartel, me significaron que nada debíamos temer, y saliendo de donde estábamos ocultos, nos recibieron entre sus brazos varios sujetos, que dijeron ser del Estado Mayor de Dorregaray, diciéndonos que quedábamos en completa libertad y protestando de nuevo contra el inaudito crimen.

(Continuará.)

(FOLLETÓN 51.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

con derecho á emplear contra el enemigo todos los medios que quiera, mientras que el enemigo no se ha de valer sino de los más lícitos; y ni aun le está permitido mostrar inteligencia, sopena de considerarlo y llamarlo marrajo, traidor, ladrón ó cosa así, que es lo que en las corridas se hace con el toro que no se deja engañar por el trapo y «se va al bulto». ¡Cómo insulta el público al que hace esto! Cuando esto ocurre se oye en el circo un gran murmullo, pero no de admiración, sino de indignación. Y el público no se indigna por el peligro que corre el lidiador; muy lejos de eso; por lo que se indigna es porque el animal es un poco menos irracional que la generalidad de los de su clase, y, por tanto, no se deja sacrificar tan estúpidamente como ellos. Y con igual criterio suelen conducir aquellos naturales sus luchas, lo mismo las internacionales, que las intestinas y que las individuales, cabiendo preguntarse si esto vendrá de aquello, ó aquello de esto, es decir, si las corridas de toros serán escuela donde se aprenda ó, por el contrario, campo donde se ejercite tan extraña moral. Pero el autor de la presente historia dirá que él cree que lo que ocurre en las corridas es signo ó manifestación de la peculiar psicología de buena parte de aquel pueblo, que viene racialmente predispuesta á la gitanería, la cual, por tanto, se ha apoderado de ella como de cosa que por derecho natural le corresponde. Y á causa de que donde la invasión y contagio han prosperado más es en las clases altas, sobre todo entre los señores del reino, el flamenquismo no ha hallado traba ni impedimento alguno en su victoriosa marcha, ni nadie ha pensado en oponerle ninguna terapéutica. Así no es pasmoso que la expresión de simpatía popular hacia el rey, que más han celebrado cortesanos, palaciegos, gobernantes y todos los seides de unos y otros, haya sido la de un hombre que en Sevilla exclamó, al pasar junto á él Alfonso XIII: «¡Olé, el rey más gitano del mundo!» Y *olé* por arriba, *olé* por abajo, *olé* por delante, *olé* por detrás; el caso es *olear* á la nación, que positivamente parece que está ya en las

últimas, aunque de todas maneras siempre tendrá aquel consuelo de que carecía el banderillero Armilla cuando con motivo de que en Francia echaba de menos el aceite ó la manteca de cerdo en las comidas, decía á Ruiz Zorrilla en París:

—¡Ay, D. Manuel! ¡Sentiría mucho morir aquí, entre otras cosas, porque veo que esta gente da con manteca hasta los óleos!

CAPÍTULO XXIX

EN EL QUE SE HALLARÁ QUE, Á PESAR Ó DESPUÉS DE TODO, NO ES EN EL TOREO DONDE ENTRE LOS ESPAÑOLES FALTA POR COMPLETO GENTE SERIA.

En la familia torera, á la guasa y gracejo varoniles únense los de la mujer, mayores todavía, sólo que ésta suele redimir con sus prendas morales (aparte y en añadidura de las físicas) los pecados del hombre. Y no se crea que, en cambio de angustioso, el oficio de mujer de un torero es descansado. Claro está que las de los grandes matadores no han de romperse los huesos trabajando, dado que aquéllos hacen un capital en poco tiempo; pero esto no siempre ha sido así, y de todas maneras, para las mujeres de todos los demás toreros no es liviana ni fácil la tarea de cuidar, por ejemplo, el traje del marido. Porque el capote de brega sale de la corrida todo manchado y roto, y hay que limpiarlo y que coserlo. Las medias, sucias de barro ó polvo, y salpicadas de sangre del toro y los caballos, han de ser teñidas, lo que no todas las mujeres saben hacer bien, por ser faena difícil, y si se encomienda á tintorero de oficio, muy costosa. Los zapatos, que generalmente duran dos posturas, han de ser mojados después de la primera para que encojan y puedan sujetarse bien en la segunda. Ha de componerse y arreglarse la montera, y también la moña, que con ser la prenda más insignificante, puede valer, si es fina, media docena de duros. Y hay que guardar esmeradamente el calzón, la chaquetilla y el chaleco, empapelando y aun enguantando de un día para otro todos los bordados, colgajos y oropeles, que se deslucen y estropean si se los deja expuestos á la humedad ó al aire.

Y ahora figúrese el lector á la mujer que hace todo eso con los trajes del marido, recién llegado de torear en Francia, y que, hallando en un bolsillo la fotografía de una «madama» de sombrero, se pone á dele-

trear y chapurrear, y á fuerza de querer traducir, adivina la tierna dedicatoria dirigida en «franchute» al «toreador». ¿No es cosa que ha de sublevar el corazón y el amor propio, y el patriotismo también, de la mujer más santa?

Ha de reconocerse, sin embargo, que no toda la seriedad que haya en el toreo cae del lado de ellas; porque entre ellos no deja de haber personas dignas del mayor respeto, y á veces hasta de admiración. Dígalos, si no, el famoso y popular Salvador Sánchez, á quien sus amigos llamaban simplemente Salvador, y los carteles y el público «Frascuero», y que no era ciertamente en el redondel donde había adquirido aquel sentimiento de su obligación, la conciencia del deber, el pundonor profesional que tenía como nadie, pues en cualquier empeño, fuese el que fuese, en todas partes, habría dejado su nombre muy bien puesto. Lo mismo habría hecho un buen militar que un buen sacerdote, y, político, habría sido modelo de patriotismo y seriedad.

Arte han tenido otros matadores tanto como él, y alguno ha tenido más, porque, distinguiéndose en todo, aún se llevaba mejor que con la muleta con el estoque; pero lo que el pueblo llama «vergüenza torera», que no es más, y ya es bastante, que simplemente vergüenza, la vergüenza del oficio, ésta, pocos españoles de los tiempos que corren han llegado á poseerla como él.

¡Qué lástima que un hombre así no pueda ser Presidente del Consejo de Ministros! Porque, ¡cuán diferente sería el sino de aquella monarquía si, por ejemplo, en vez de Mauras hubiese tenido de jefes del gobierno Frascuelos! Cuando menos ¡con qué lealtad, con qué decoro, ó, si se quiere, con qué conciencia ó con qué lógica procedería el Presidente! Porque para esto no se necesita tener muchos latines, ni siquiera saber quién fué Aristóteles. ¡Ya, ya iba á permitir Frascuelo que ningún peón de su cuadrilla ministerial fuese accionista de compañía fabril, cuyos productos viniesen siendo beneficiados por actos ó actitudes de dicha cuadrilla ó gabinete!

Pero, ¡qué decimos Frascuelo! Su mismo rival y amigo «Lagartijo», que no era quizás tan severo como él, tampoco habría pasado por eso. No cabe duda. Si puede asegurarse que habría ganado mucho la monarquía española con que en vez de